



CHINA.—Interior de un cortijo. (Pág. 287).

«Nuestro compañero eligió para levantar su tienda un recodo que le ocultaba á todas las miradas, y fué atacado no por la tarde, como se dijo al principio, sino cerrada la noche, cayendo los asesinos de improviso sobre él á pesar de las tinieblas, sin que tuvieran que ir buscándole. De consiguiente se ve claro que, al mismo tiempo que él, salió de Bathang un espía ó un guía para seguir su marcha, observar el lugar de su campamento y de las indicaciones necesarias á los bandidos.

«Hace mucho tiempo conocemos las costumbres de los salteadores de San-ngay: por lo comun se contentan con despojar á las víctimas; raras veces matan á los tibetanos, esclavos ó domésticos, y nunca á los chinos. Pues bien, contra su costumbre bien conocida, se precipitaron directamente sobre el misionero, á quien sorprendieron durante su sueño, y despues de aplastarle bajo una lluvia de piedras, lo atacaron á cuchilladas, encarnizándose en herirle hasta que hubo exhalado el postrer suspiro. No causaron daño alguno á los domésticos tibetanos, y se contentaron con cortar la trenza de cabellos del chino, pudiendo luego los tres emprender la fuga. Lo repito, los bandidos tenían orden de quitar la vida al misionero, pues no es esta ordinariamente su manera de obrar.

«Mas hay otra prueba que no deja la menor duda. Despues de un golpe de mano de este género los salteadores acostumbran alejarse á toda prisa del camino de Bathang, y pasan el rio en barca de piel á fin de escapar á la persecucion de los mandarines; y en esta ocasion varios de los asesinos del Rdo. Brioux, en vez de huir, vinieron tranquilamente á Bathang á refugiarse en la lamasería para ver lo que iba á disponer el mandarin y dar aviso á sus cómplices. Informóse al mandarin chino Ky-te-uen, siempre bueno y afecto á nosotros, de la presencia de varios de los asesinos

en la lamasería. En su consecuencia dirigióse á ella con sus satélites para pedir que se le entregaran los culpables, pero los lamas le recibieron á pedradas y declararon que no entregarían á nadie. El mandarin reunió entonces la corta guarnicion china y tomó nuevamente el camino de la lamasería para apoderarse á viva fuerza de los asesinos. Los lamas esta vez recibieron al funcionario á tiros, hiriendo la primera descarga á tres soldados chinos. El Ky-te-uen con su escasa fuerza volvió á su pretorio y escribió al virey del Su-tchuen dándole cuenta de lo sucedido, y pidiéndole soldados y autorizacion para obrar con energía.

«Hasta aquí llegan las noticias de origen seguro. De lo que precede podemos deducir que los asesinos, á quienes nuestros enemigos prometieron impunidad y proteccion, no han sido sino instrumentos de éstos y que los lamas son los primeros culpables.

«Añadiré aquí una noticia comunicada por mi hermano: «El cuerpo del Rdo. Brioux estuvo expuesto durante dos días, y al tercero no despedía ningun mal olor ni se advertía en él señal alguna de descomposicion, y, cosa que admiró mucho á los paganos, el cuerpo estaba flexible; la gran cuchillada que hendió la mejilla izquierda no le dejó figuró un punto, y su pálido rostro parecia aún animado.»

En otra anterior carta el Ilmo. Biet transmite además los detalles siguientes: «La muerte del Rdo. Brioux es un golpe terrible para nuestra Mision, con tanta frecuencia y tan rudamente probada, y que cifraba muchas esperanzas en este excelente misionero. En los tres años que permaneció en estos países dió repetidas muestras de lo que podia esperarse de su piedad y de su absoluta abnegacion.

«Antes de ponerse en camino, el 7 de Setiembre, recibió el sacramento de la Penitencia, y celebró la santa Misa el mismo día de su muerte, fiesta de la Natividad de Nuestra



Señora. Ha dado su vida por Dios, por nuestro infeliz Tibet, con la generosidad y caridad que ponía en servirlo. Hoy sus mortales restos descansan junto á la casa de los misioneros, cerca de esa tierra de Bathang que este hombre apostólico ha regado con su sangre. ¡Ojalá que pueda ésta adelantar la hora de las misericordias divinas y alcanzarnos la conversion de los habitantes del Tibet!»

## LAS MISIONES FRANCISCANAS EN MARRUECOS.

**L**AS Misiones católicas llevaron á cabo las más árduas empresas, y realizaron prodigios que forman una bella página de la historia moderna. Estas palabras, que nuestro inmortal Balmes escribió sobre las Misiones católicas en general, podemos nosotros aplicarlas á las que los hijos del pobre de Asís han sostenido en el imperio de Marruecos, casi desde la fundacion de su Orden. Ellos han sabido mostrarse celosos de la honra de Dios y del bien de las almas, predicando el Evangelio á los que estaban sentados en las sombras de la muerte; se han mostrado caritativos con los cautivos, consolándoles en sus desgracias y procurando su rescate: ellos consiguieron á fuerza de heroicos esfuerzos la abolicion de la esclavitud y la extincion del corso y de la piratería; se han mostrado amantes de las ciencias estableciendo escuelas en el Imperio para la ilustracion de la juventud; se han mostrado, en fin, celosos hasta del bien material de nuestra patria, sirviendo de embajadores de los Gobiernos españoles para con los sultanes de Marruecos, y consiguiendo de éstos tratados ventajosísimos para nuestra nación.

Habiendo sido esta en resumen la historia de los misioneros franciscanos de Marruecos, nadie debe extrañar que digamos algunas palabras acerca del pasado, presente y porvenir de aquellas Misiones.

### I.

Fundada la Orden de Menores en los primeros años del siglo XIII, bien pronto fué el Africa objeto de sus desvelos. La miserable situacion de los desgraciados cautivos cristianos, que gemían en lóbregas mazmorras, y el deseo de propagar el Evangelio y con él las luces de la civilizacion cristiana, fueron los causas que impulsaron á san Francisco de Asís á pasar á Marruecos; pero una larga y penosa enfermedad que padeció en España le impidió llevar á efecto sus generosos deseos, y humillándose bajo las disposiciones de la divina Providencia, que le reservaba para otras grandes empresas, dió vuelta para Italia (1).

Poco tiempo despues, cuando el santo Fundador iba en alas de la fe á predicar el Evangelio á los secuaces del Islamismo en el Oriente, destinó al imperio marroquí á sus celosos hijos Fr. Berardo de Corbio, que por sus grandes conocimientos en el árabe iba de superior, y á sus compañeros Fr. Pedro de San Geminiano, Fr. Oton, Fr. Adyuto y Fr. Acursio, todos italianos. Al pasar por España tuvieron la gloria de permanecer unos dias en Sevilla predicando la fe de Jesucristo á sus habitantes

musulmanes. Apenas pasaron el estrecho de Gibraltar marcharon directamente á la ciudad de Marruecos, donde fueron muy bien recibidos y hospedados en su propia casa por D. Pedro, infante de Portugal, el cual se hallaba allí por algunas disputas que habia tenido con su hermano Alfonso II. Pronto fueron víctimas de su apostólico celo estos santos varones. Hallábanse el dia 16 de Enero de 1220 predicando la ley de Cristo en presencia del mismo sultan, quien se irritó tanto al oír las convincentes pruebas de la divinidad de su Religion, que, olvidándose hasta del respeto que se debía á sí mismo, desenvainó su cimitarra y cortó las cabezas de los cinco atletas de la fe. Los cristianos que entonces habia en Marruecos recogieron sus cadáveres y los depositaron en la casa del infante D. Pedro, que habiéndose reconciliado poco despues con su hermano, obtenida licencia del sultan, los trasladó á Portugal, siendo honoríficamente enterrados en la iglesia de Santa Cruz de Coimbra, y canonizados por el papa Sixto IV en 1481.

En el año 1221 arribaron á Ceuta otros nuevos campeones de la fe, procedentes de la provincia de Calabria, en Italia, y se llamaban Fr. Angel, Fr. Samuel, Fr. Dónulo, Fr. Leon, Fr. Nicolás, Fr. Ugolino y Fr. Daniel, que iba como superior y era á la sazón ministro provincial de la citada provincia de Calabria. Estos siete ilustres franciscanos no tardaron mucho en ser víctimas de su apostólico celo como los primeros, y dieron heroicamente sus vidas en testimonio de la fe que predicaban, siendo degollados en 10 de Octubre de dicho año (1) por orden del gobernador Arbaldo, y arrastrados despues sus cuerpos por toda la ciudad. Las pocas reliquias de sus despedazados cadáveres que pudieron salvarse fueron adquiridas por los cristianos y honrosamente colocadas por un sacerdote secular, un religioso de santo Domingo y otro de san Francisco que residían en Ceuta. En aquella época habia en esta ciudad un barrio separado de los demás, llamado *Albóndiga* ó *Alfóndega*, y en él vivían los comerciantes genoveses, pisanos, franceses y portugueses, quienes tenían prohibicion de entrar en la ciudad sin permiso de la autoridad mora. En ese barrio se conservaron las reliquias de los santos Mártires hasta que hubo oportunidad de trasladarlas al convento de Santa María, en la ciudad de Marruecos, como cabeza y madre de aquellas Misiones, donde se conservaron con veneracion, hasta que años despues, por devocion de los reyes lusitanos, fueron trasladadas á aquel reino. El sumo pontífice Leon X inscribió sus nombres en el catálogo de los Santos en 1516.

Ni la muerte bárbara y cruel que los moros dieron á estos doce Mártires, ni los tormentos que hicieron sufrir á otros más de quienes la historia sólo nos ha conservado los nombres, fueron causas bastante poderosas para hacer que los religiosos franciscanos pensasen en abandonar la empresa. En el año 1227 llegaron al imperio marroquí nuevos misioneros presididos por Fr. Agnelo, compañero del seráfico Patriarca, con el carácter y facultad de legado apostólico, el cual fué electo obispo de Marruecos en el año de 1233, titulándose despues obispo de Fez y de Marruecos, segun consta de unas letras

(1) *Storia universale delle Missioni Francescane*, por el reverendo P. Fr. Marcelino de Civezza, t. 1, pág. 41.

(1) *Wading*, t. 2, ann. 1221. Varios otros autores citados por el mismo Wading opinan que el martirio de estos misioneros tuvo lugar en 1227.



apostólicas del papa Gregorio IX. Fué por tanto fray Agnelo el primer obispo de Marruecos, y tambien el primero que sobre el sayal franciscano vistió las insignias episcopales.

El nuevo Obispo y sus compañeros habitaban el convento ó casa-mision de Santa María de Marruecos, que el sultan de esta ciudad les había concedido el año anterior. Este venerable Prelado lleno de méritos y virtudes, habiendo llegado á una edad avanzada, murió en 1243, sucediéndole en el episcopado Fr. Lope, á quien otros llaman Lupo Fernandez Dain, natural del reino de Aragon. El sumo pontífice Inocencio IV le nombró obispo de Marruecos por sus letras apostólicas dirigidas á todos los fieles residentes en aquel país, y que empiezan: *In eminenti specula*, dadas en el año cuarto de su pontificado. Arribó Fr. Lope á aquel Imperio con varios compañeros que, corriendo como él mil visitudes, lograron por fin introducirse hasta en el interior del país y captarse la benevolencia de los mismos sultanes, como se vió cuando el emperador de Marruecos, hallándose en guerra con la ciudad de Fez, donde se había levantado un nuevo pretendiente al trono, envió tres compañeros de Fr. Lope para proponer la paz á los de Fez. Estos aceptaron las proposiciones, y de tal modo quedaron admirados al ver la pobreza, modestia y demás evangélicas virtudes de aquellos humildes embajadores, que les permitieron que libremente predicaran la fe de Jesucristo y edificaran conventos en Fez y Mequinez, cuyas ruinas se ven aún hoy, y las llaman los moros *casas de los sabios de los cristianos*.

Las ocupaciones de los misioneros no se circunscribían á predicar la religion de Jesucristo á los musulmanes, sino que se dirigian principalmente á suministrar los auxilios espirituales á los muchos cautivos que habia en el Imperio, y á los no pocos soldados que Yacub el Mansur había llevado consigo de España para guardia de su persona, los cuales ordinariamente ascendían á 500 jinetes, que además de estar bien retribuidos, tenían amplia libertad para vivir en su propia religion. Don Juan I de Castilla los hizo volver á España, concediéndoles muchos bienes y privilegios (1).

Las continuas guerras habidas en el Imperio entre los almohades y merinidas fueron causa de que los misioneros sufriesen tanto, y de que apenas quedase un religioso en todo el Magreb. En el reinado de Mohamed ben-Uatad llegó á Fez el venerable P. Fr. Andrés de Espoleto, á quien Torres en su *Historia de los Xerifes* llama Fr. Martin de Espoleto, y allí hizo tales portentos y obró tales milagros para probar la divinidad del Cristianismo que la irritada plebe, atribuyéndolo todo á hechicerías, le hizo perecer á pedradas en Enero de 1532, rubricando Fr. Andrés con su sangre las divinas verdades de nuestra santa Religion.

Posteriormente, en el año 31 del siglo XVII, la provincia franciscana de San Diego, en Andalucia, se encargó de proveer de personal á las Misiones; siendo los primeros que arribaron á aquellas inhospitalarias playas el beato Juan de Prado con sus dos compañeros Fr. Matías de San Francisco y Fr. Ginés de Ocaña. No intentamos referir los crueles tormentos que el sultan Muley el-Uali hizo padecer á estos tres benditos misioneros, ni

tampoco lo mucho que sufrieron todos sus sucesores en el apostolado de aquellas Misiones, pues nos haríamos interminables; baste decir que muchos murieron en el tormento, y los que no fueron martirizados tuvieron que sufrir miles de privaciones é innumerables insultos por parte de los sultanes magrebinos.

Ellos, sin embargo, no cejaban un instante en sus apostólicas tareas, y apenas moria un misionero, otro le sustituía en el desempeño de su sagrado ministerio, con especialidad en la asistencia de los infelices cautivos que en inmundas y lóbregas mazmorras se veían aherrojados por la crueldad mahometana. Continuando los religiosos de san Francisco su evangélica mision, llegaron á un tiempo en que su influencia tocó á su apogeo: sus virtudes y los beneficios que por todas partes prodigaban les granjearon inmensa importancia, y el Gobierno de España, comprendiendo las grandes ventajas que de las Misiones podía reportar, les dispensó una decidida proteccion. Es necesario confesar que los hombres de Estado que á la sazón gobernaban en la Península comprendían los intereses de la nacion, en lo que á Marruecos se refería. De acuerdo con esta politica, los misioneros fueron comisionados diferentes veces para llevar embajadas de los reyes de España á los sultanes de Marruecos y vice-versa, y por muchos años fueron los únicos representantes de nuestra patria en el imperio marroquí. Nadie, por lo tanto, extrañará que los misioneros gozasen de franquicias y privilegios muy especiales, tanto por parte de los Gobiernos españoles, como de los soberanos de Marruecos (1). Los originales de los firmanes en que varios de los sultanes marroquíes concedieron á los misioneros que pudiesen introducir sin pagar derecho alguno todo cuanto para ellos necesitasen, etc., etc., se hallan en el archivo de la Mision de Tánger.

## II.

Cambiaron los tiempos más adelante, pero no por eso disminuyeron el fervor y celo de los misioneros, ni el culto católico se resintió de un modo visible. Por el contrario; aún cuando los religiosos quedaron por fin abandonados á sus propios recursos, cuidaron de sostener edificios donde el culto siguió prestándose con el mayor esplendor posible. No descuidaron tampoco el sostenimiento de hospitales, en donde los pobres y desvalidos encontraban siempre una mano protectora que enjugaba sus lágrimas.

Como quiera que el sultan de Marruecos, Muley Abd el-Kerim, había derribado el convento é iglesia que los misioneros poseían en dicha ciudad, viéronse estos precisados á reedificar ambos edificios. Sin embargo, esta segunda obra fué de muy corta duracion, pues hacia el año de 1670 el intolerante Muley Arxid, sultan que era del Magreb y el primero de la dinastía de los Xerifes Fílelis, la mandó destruir, teniendo los misioneros que abandonar su proyecto y desistir de la idea de habitar el convento por entonces.

A pesar de tantas contrariedades no desfallecieron los

(1) Omitimos por brevedad la relacion de estos privilegios, pero su existencia se halla terminantemente reconocida en el artículo 12 del tratado de paz entre España y Marruecos, que fué celebrado y firmado en la ciudad de Mequinez el día 1.º de Marzo de 1799.

(1) *Descripcion del Africa*, por Mármol Carvajal, t. 2, pág. 54.



buenos religiosos, y luchando contra las circunstancias, tan fatales para ellos, volvieron á edificar el convento de Fez por el año 1673, cuando el sultan Muley Ismael trasladó á esta ciudad todos los cautivos que tenia en la de Marruecos. Dicho convento estaba situado en la *sage-na*, ó sea en la cárcel que los cautivos cristianos tenían señalada. Algunos años más tarde se edificaron capillas en las ciudades de Tetuan y Mequinez, Corte esta última de Muley Ismael, en donde existian no pocos cautivos: de este modo extendian los misioneros el benéfico influjo de la religion del Crucificado.

Indecibles tormentos tuvieron que sufrir los apostólicos obreros durante el reinado de Muley Ismael, tanto más cuanto que por este tiempo quedaron abandonados á sus propias fuerzas y escasos recursos, hasta que el último monarca de la dinastía austríaca, Carlos II, queriendo favorecer el establecimiento de las Misiones, señaló generosamente á los religiosos un situado de *dos mil doscientos veinte y ocho* pesos fuertes. En los primeros años del siglo pasado la situacion y número de iglesias y hospicios era el siguiente: habia iglesias con hospicios de cristianos en Fez, en Rabat el-Fath ó de Salé y en Tetuan, y dos templos en Mequinez, de los cuales uno era parroquia, é iglesia de la Mision el otro.

Tambien en Mogador hubo iglesia ó capilla católica desde la fundacion de esta importante ciudad (1760) hasta 1813. Varios ancianos moros y judios, y aún algun cristiano, recuerdan perfectamente el sitio que ocupó la Mision, y han declarado unánimes que en la iglesia se veia pintada la imágen de Cristo. Estas curiosas declaraciones obran en el Consulado español de Mogador. En otras poblaciones de la costa, como Mazagan y Saffi, hubo tambien capillas al cuidado de los mismos Padres, y en Larache se conservó un convento, aún despues de verse los españoles en la dura precision de evacuar aquella plaza.

Por estos reducidos datos puede verse que desde el siglo XIII han existido en el Imperio marroquí las Misiones franciscanas, más ó menos extendidas, con arreglo á las circunstancias más ó menos favorables. Por último, lo calamitoso de los tiempos obligó á los misioneros á concretar su residencia á Tánger y Larache. De esta última se vieron tambien precisados á marchar por falta de personal, y permanecieron solamente en Tánger, cuyo convento fué fundado á últimos del siglo pasado, y desde allí visitaban con la posible frecuencia los puntos en que habia alguna familia cristiana, con objeto de administrar los Sacramentos y hacer menos penosa la situacion de los pobres cristianos.

Cuando en España se suprimieron las Ordenes religiosas la provincia de San Diego no pudo ya mandar más personal á Marruecos; así fué que poco á poco la Mision fué extinguiéndose conforme iban bajando al sepulcro los pocos misioneros existentes en 1834. Debemos hacer constar que la primera vez que la Mision perdió gran parte de su importancia fué cuando el sultan Muley Soliman, en 1816, dió libertad á todos los cautivos que habia en sus Estados, aboliendo bajo terribles penas la cautividad, y prohibiendo al año siguiente el corso y la piratería. Este Sultan, tan superior á todos los de su raza, dejó de perseguir á los cristianos, y á muchos de éstos les confió los puestos más importantes de su Impe-

rio. La otra ocasion en que las Misiones franciscanas de Marruecos decayeron visiblemente fué cuando *España entró en las vías de la civilización*, y se suprimieron en ella las Ordenes religiosas, que si son las *avanzadas del Catolicismo*, son al mismo tiempo las que saben verdaderamente civilizar al mundo.

### III.

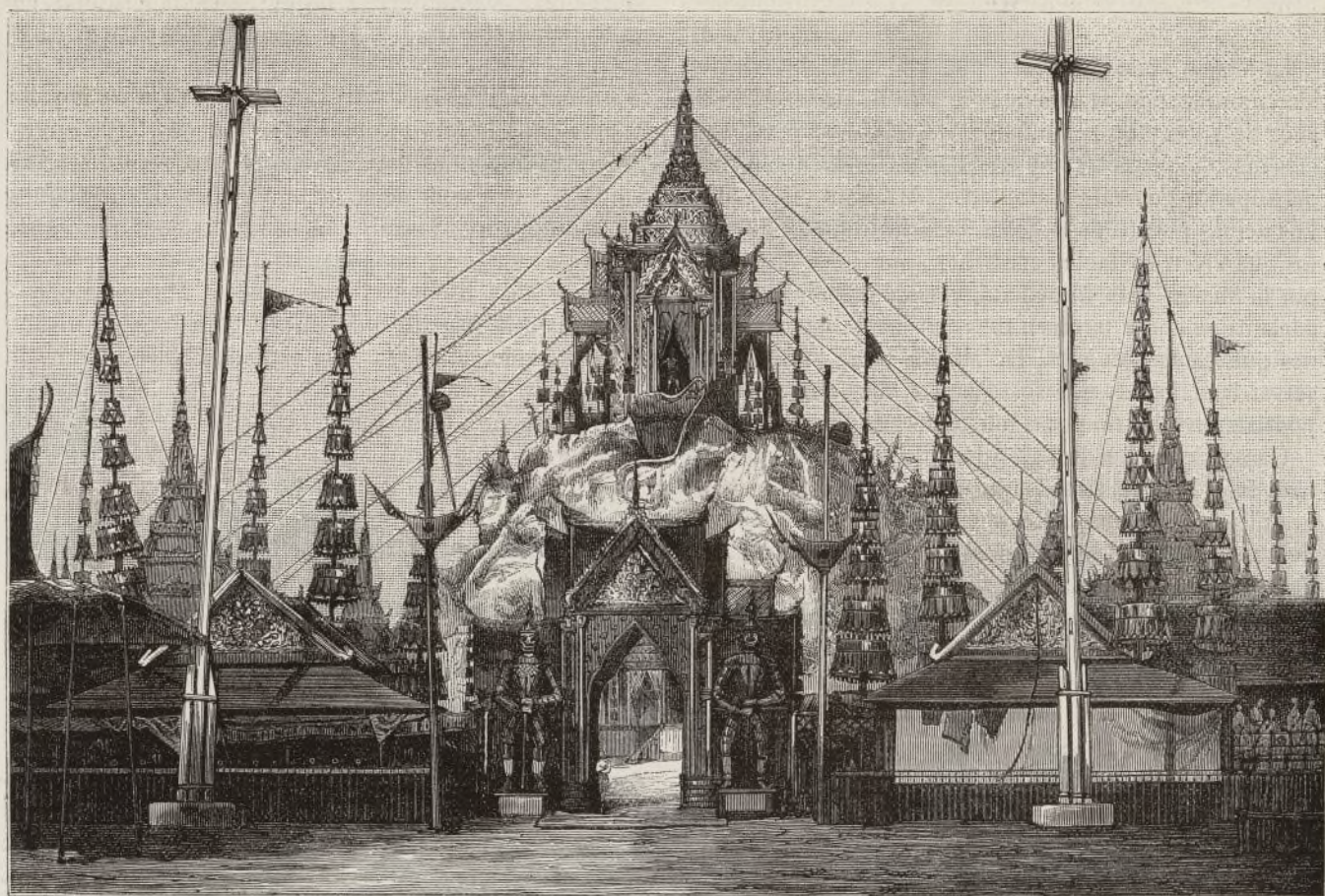
Si la Mision católica de Marruecos no llegó á dejar de existir por completo, á pesar de los heroicos esfuerzos y sacrificios que para conservarla hizo la Religion franciscana, debióse á uno de esos ocultos designios de la divina Providencia, que no conocemos sino por sus benéficos resultados. En 1856, día 14 de Julio, se inauguró en la religiosa villa de Priego (partido judicial de la provincia y obispado de Cuenca) un colegio de misioneros franciscanos observantes, con el objeto de poder enviar á Tierra Santa religiosos que sostuvieran en aquel lejano país los derechos correspondientes á la Corona de España. Este colegio está sostenido desde su fundacion con los fondos de la Obra pia de los Santos Lugares de Jerusalem, lo mismo que las Misiones de Marruecos (1). Algun tiempo despues, en 1859, salieron de Priego varios religiosos, sacerdotes y legos, con direccion á Marruecos, los cuales llegaron á Tánger el día 10 de Julio de dicho año, despues de haber hecho una breve pero fructuosa Mision á su paso por Orán.

Como algunos meses despues tuvo lugar la declaracion de guerra entre España y el Imperio marroquí, los misioneros se vieron precisados á dirigirse á Algeciras y de allí á Ceuta, en donde fueron destinados por Real orden á los hospitales de sangre. Nada debemos decir nosotros en elogio del Rdo. P. Fr. José Antonio Sabater, nombrado superior de las Misiones católico-franciscanas de Marruecos por la sagrada Congregacion de *Propaganda fide*, ni mencionáremos siquiera los importantes servicios prestados por sus compañeros. Todos los historiadores que se han ocupado de la gloriosa campaña de Africa han hecho cumplida justicia al celo y caridad de los misioneros, quienes, lo mismo en los hospitales de heridos que en los de coléricos, asistieron á nuestras tropas espiritual y corporalmente, á falta de practicantes. Los misioneros fueron tambien los que bendijeron la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias en Tetuan, acompañaron durante toda la campaña al ejército expedicionario, y pusieron el sello á sus buenas obras siendo algunos de ellos víctimas de su fervorosa solicitud; pues un religioso lego en Ceuta, el mismo P. Sabater y otro lego en Tetuan, sucumbieron atacados por el cólera, que tantos y tan fatales estragos hizo en nuestro ejército.

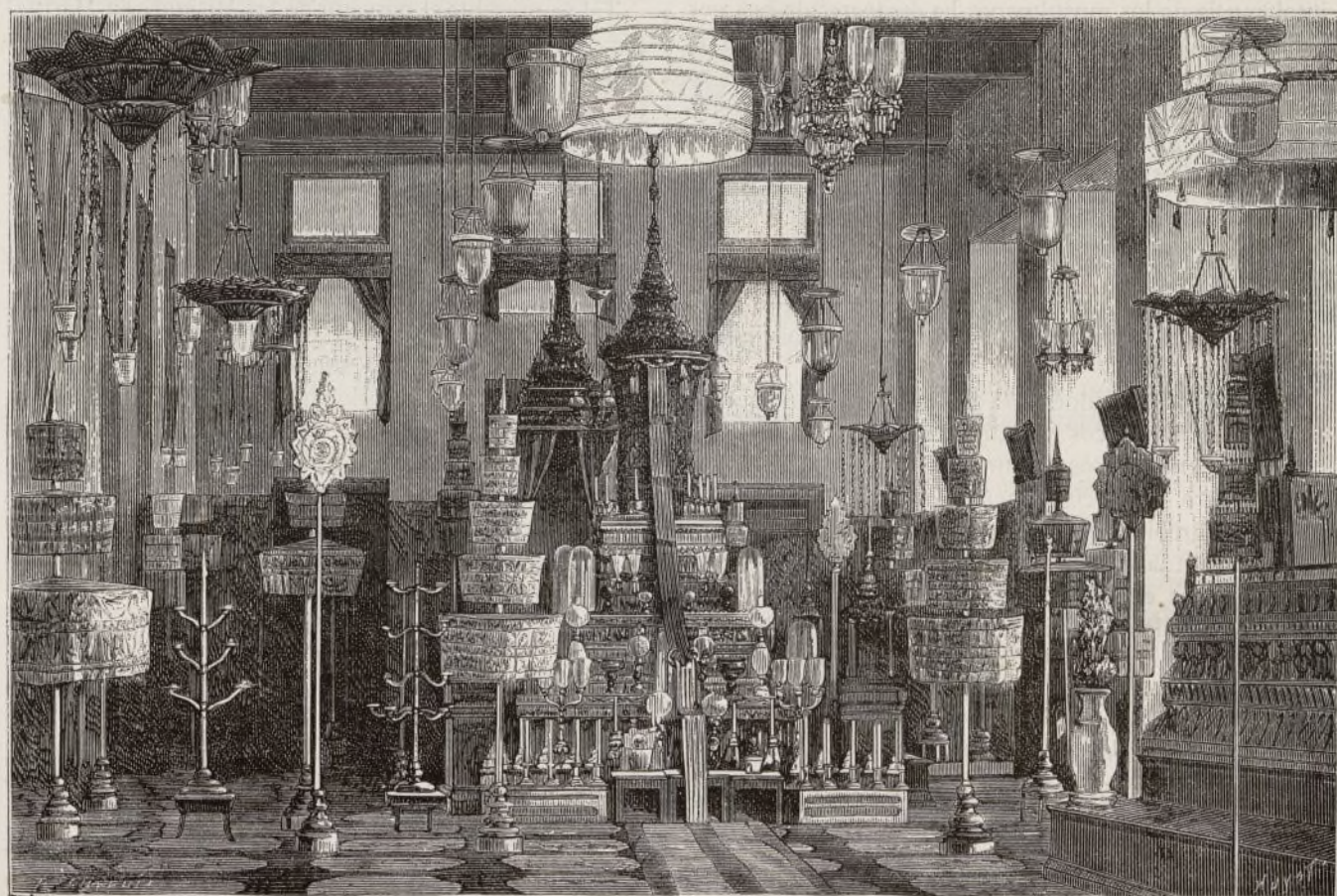
Concluida la guerra que tanta gloria dió á nuestra patria y que tanto la enaltecíó ante las potencias europeas, la Mision quedó definitivamente establecida en Tánger y en Tetuan, y autorizada, en virtud del tratado de paz, para establecerse en Fez ó donde mejor pareciese, confirmándose además en el artículo 10 del mismo tratado todos los privilegios y exenciones que desde antiguos tiempos venian disfrutando los misioneros.

(1) Por no ser el convento de Priego suficientemente capaz para contener el número de religiosos que habia, y por algunas otras razones, se trasladó la comunidad al que actualmente ocupa en Santiago en el año de 1862.





SIAM.—Exterior del palacio de la cremacion en Bang-kok. (Pág. 305).



SIAM.—Interior del palacio de la cremacion en Bang-kok. (Pág. 305).



## IV.

La Mision, con verdadero placer lo consignamos, ha ido conquistando de nuevo su anterior terreno. En los años de 1868 y 69 se fundaron tres Misiones ó residencias más, habiéndolas hoy en Tetuan, Tánger (residencia del superior general), Casablanca, Mazagan y Mogador. Los demás puntos de la costa, Larache, Rabat y Saffi, en los que viven bastantes cristianos, son éstos atendidos por la Mision más inmediata, y es de esperar que más adelante se abran tambien casas en las citadas poblaciones que carecen de ella. La Mision no se limita á conservar las iglesias, ni á sostener en ellas un culto que podrian envidiar no pocas parroquias de España.

Como siempre la Religion ha sido hermana y compañera de la ciencia, en todas las casas-mision hay escuelas gratuitas, no sólo para los niños católicos, sino para los de otras religiones que quieren asistir. Todos los gastos del material de las escuelas, libros, papel, etc., los sufraga la Mision, haciendo de maestros los mismos misioneros, que instruyen á los niños en las materias correspondientes á la primera enseñanza, con la ventaja de no tener que satisfacer ni un solo céntimo.

Cada Mision ó residencia se compone de dos sacerdotes y dos ó más religiosos legos: los primeros se ocupan en las tareas propias de su alto ministerio, predicando y cuidando de que el culto católico se practique del mejor modo posible en aquellos países; los legos desempeñan los asuntos materiales de la Mision y atienden á las escuelas, para lo cual se destinan religiosos idóneos, algunos de los cuales tienen el título de maestros de primera enseñanza.

Gracias á los esfuerzos de los misioneros, la antigua intolerancia de los musulmanes ha desaparecido casi por completo, hasta el punto de permitirse hoy el uso de las campanas, cual podria hacerse en Europa; y si bien es cierto que no se practican algunas ceremonias exteriores con la solemnidad que se acostumbra en los países católicos, se ejecutan sin embargo con bastante libertad, sobre todo la administracion del sagrado Viático á los enfermos y los entierros. A esta última ceremonia asisten los moros con recomendable respeto y compostura. Esto prueba el cambio que insensiblemente viene operándose en sus costumbres y entendimientos hácia nosotros.

Por lo demás, es innegable que la civilizacion va infiltrándose en Marruecos paulatinamente, y podriamos decir á muy lentos pasos, contra toda la voluntad de los moros. Pero es preciso tener en cuenta la posicion del pueblo magrebino, que, ajeno á todo conocimiento científico y habituado á su tradicional fanatismo, unido al fatalismo más estúpido, encuentra en su mismo modo de ser obstáculos casi insuperables que le impedirán tal vez por mucho tiempo el abrazar sinceramente el verdadero espíritu civilizador, hijo del Cristianismo.

Mas á pesar de esto ¿quién no echa de ver la marcada diferencia que existe entre los mahometanos campesinos y los que habitan en los pueblos de la costa? Podria decirse que forman dos pueblos en todo diferentes; pues mientras aquellos conservan vivas las preocupaciones de doce siglos, los otros, en contacto con los europeos, viendo de cerca lo que es y lo que significa la religion cristiana, han depuesto mil equivocadas y absurdas

ideas, y no se muestran insensibles á las mejoras que les sugiere la atenta é imparcial observacion de nuestras costumbres.

## V.

Si esto se verifica hoy, cuando el imperio del Magreb empieza á despertar de su letargo y á ver los adelantos de la Europa por la continua comunicacion que existe entre ésta y aquel, no podemos menos de esperar un porvenir más lisonjero, en el cual la Mision católico-española está llamada á desempeñar un importantísimo si no el principal papel. A la verdad, debiendo nuestra nacion fijar en Africa sus miradas en una época más ó menos lejana, á nadie puede ocultarse que los misioneros, llevando por armas la cruz y el Evangelio, deberán formar la vanguardia del ejército que conquiste para la civilizacion cristiana ese vetusto Imperio, que desaparecería al menor esfuerzo, hallándose como se halla tan debilitado en su organismo político-social y militar.

Como quiera que la Religion es la poderosa palanca que removiendo todos los obstáculos, y allanando todas las dificultades, predispone á las naciones para entrar de lleno en el camino de las mejoras morales y materiales, júzguese lo mucho que para llegar á este feliz resultado tendremos adelantado siendo los misioneros conocidos en el país, y habiéndose captado las simpatías y aún el afecto de aquellos naturales. Bien penetrado estaba de estas ideas el Excmo. Sr. D. Francisco Merry y Colom, que por muchos años fué dignísimo representante de España en Tánger, quien más de una vez dijo las siguientes palabras: «Las actuales pequeñas capillas de la Mision serán con el tiempo las iglesias matrices y las catedrales del país marroquí regenerado.»

Tal se presenta el porvenir de las Misiones en Marruecos. Por tanto los Gobiernos españoles que sean verdaderamente amantes de los intereses y glorias de la patria, deben prestar á los misioneros todo el apoyo y proteccion que necesitan, en cuanto las circunstancias lo permitan, en la inteligencia de que esa proteccion nunca será estéril.

En honor de la verdad debemos hacer constar que este ha sido, generalmente, el juicio que las Misiones españolas de Marruecos han merecido á todos los Gobiernos que ha habido en España; pues á pesar de las continuas variaciones de la política, sobre todo en los últimos años, hemos visto con satisfaccion que cuantos partidos se han sucedido en el poder han convenido en la conservacion de dichas Misiones y les han proporcionado recursos, aunque los puramente necesarios, para subsistir en un país en donde por el carácter especial de su Instituto y por sus ocupaciones no pueden los misioneros salir de la esfera intelectual y moral.

Hemos dicho que todos los Gobiernos han proporcionado á la Mision los recursos puramente necesarios para su subsistencia y nada más, porque es una verdad tan cierta como triste que hay ciudades en la costa donde residen misioneros, cuyas casas son verdaderos tugurios, y el local destinado para el culto apenas podrá contener la tercera parte de los católicos que allí residen.

Con placer nos hubiéramos extendido algo más haciendo algunas reflexiones sobre este asunto, de cuyo tan interesante para todo español que comprenda lo mucho que de aquel país podia esperar España; pero á más de



no permitirlo la índole de este escrito, creemos suficiente lo dicho para que nuestros lectores puedan por sí mismos deducir consecuencias y formar su opinión, que á fuer de imparcial é ilustrada será favorable á la Mision franciscana, que por su pasado, por su presente y aún más por su porvenir se hace digna de la atención de los hombres sensatos y verdaderamente españoles.

## EGIPTO.

*Carta del P. Miguel Jullien, de la Compañía de Jesús.*

**E**n este país la obra principal de la Compañía es el pequeño seminario copto de la Sagrada Familia establecido en el Cairo, destinado á formar los sacerdotes orientales que se requieren para salvar la pequeña nacion cofta católica del Egipto. Este seminario fué fundado en 1879 por orden expresa de Su Santidad Leon XIII, que al confiarlo á los Padres de la Compañía de Jesús no pudo asegurarle ningun medio de existencia. La Propaganda, que nos satisfizo el primer año la pension de algunos seminaristas, no ha podido continuar esta limosna. El establecimiento, sin embargo, es una obra de sumo interés.

El objeto que se propuso Su Santidad fué la renovacion del clero, que se iba extinguiendo paulatinamente y sin poder reclutarlo. En la actualidad sólo se compone de veinte sacerdotes, algunos de edad avanzada ó enfermos. Seis ó siete de ellos pudieron recibir en el seminario de la Propaganda de Roma toda la instruccion y preparacion convenientes.

Con auxilio del Visitador apostólico y de uno de nuestros Padres, elocuente predicador árabe que ha ido á evangelizar las poblaciones del Alto Egipto, hemos escogido doce niños inteligentes, de familias honradas y piadosas que deseaban consagrar sus hijos á la santa Iglesia, y nos establecimos en una casa próxima á las iglesias latina y cofta de la jurisdiccion del delegado apostólico del Egipto. Esta casa era muy incómoda y de difícil acceso, mas al cabo de pocos meses pudimos alquilar otra más espaciosa á una familia cofta católica. Accediendo á las instancias que se nos hicieron resolvimos admitir discípulos laicos externos, cuya presencia ha dado más impulso á los estudios y contribuido al desarrollo intelectual y moral de nuestros jóvenes seminaristas, quienes forman de este modo una seccion de pensionistas en un colegio de externos en el que se da la instruccion superior tan completa como en nuestros colegios de Europa.

Los seminaristas cúbrense la cabeza con el indispensable *tarbush* rojo que no se quitan sino ante el santísimo Sacramento, y visten sotana de algodón. Un cinturón rojo, y fuera de casa un paletó negro sobre la sotana, completan su modesto traje. Admira ver cómo los externos los respetan en sus juegos, los aprecian y aún se familiarizan con esos hijos de familias pobres que no han podido recibir la instruccion primaria; empero la piedad y la gracia de Dios suplen á todo. Dos veces á la semana van á paseo por las calles del Cairo en compañía de un Padre, lo que es un espectáculo enteramente nuevo para los musulmanes, que les miran generalmente con benévola curiosidad, limitándose á alguna chanzoneta respecto al sombrero del Padre. El egipcio no sabe

perdonarnos nuestros sombreros de anchas alas, contra el cual dirige todos sus denuestos. El Jedive, cuando encuentra á nuestros jóvenes paseantes, los contempla y saluda con particular interés.

La primera eleccion de estos niños fué tan feliz que hasta ahora nada ha venido á defraudar las esperanzas que nos hicieron concebir. La cordial acogida y paternal afecto que encontraron en nosotros triunfaron en breve de su excesiva timidez y pusieron de manifiesto las excelentes cualidades que nos prometen en ellos verdaderos y sólidos apóstoles.

—¡Qué lástima, Padre, nos decia uno de los de mayor edad, tener que aguardar aún tanto tiempo antes de trabajar en la evangelizacion de nuestros infelices compatriotas extraviados! ¡Ah! si pudiese estar dispuesto mañana mismo, ¡con qué ardor iria á recorrer las aldeas del Said y arrebatrar tantas pobres almas al error!

—Desde ahora te es dable hacerlo, hijo mio; por medio de la oracion puedes ser apóstol y preparar el triunfo de los apóstoles presentes y futuros.

—¡Oh! si es así, ya no quiero hacer ni decir cosa alguna que no tenga por objeto la conversion de los coftos cismáticos.

Entonces decidieron de comun acuerdo que la oracion cotidiana se terminaria con una súplica especial seguida de invocaciones á los principales Santos del Egipto á fin de obtener la conversion de los cismáticos. Cada uno aprovecha las muchas idas y venidas á su respectivo puesto para rezar algunas decenas del Rosario y atraer singulares bendiciones sobre su futuro apostolado.

—Padre, decian otra vez, V. R. vendrá á trabajar con nosotros, y todos juntos con el auxilio de Dios haremos maravillas.

—¿Pero cómo? contestó el Padre celador, á quien se dirigia esta invitacion apostólica: soy recién llegado de Europa, y no conozco aún vuestro idioma.

—Nosotros se lo enseñaremos, Padre.

Y desde aquel día cada uno quiso ser su maestro en la recreacion, en el paseo, en el estudio, sin cansarse de repetirle á menudo la misma cosa, considerándose felices cuando habian podido enseñar á su discípulo alguna palabra nueva. Este se mostró reconocido, y al fin de las vacaciones se desprendió en su favor de algunos objetos de piedad.

—Hijos míos, en adelante ya nada tendré para recompensar vuestra solicitud y trabajo. ¿Quién querrá, pues, enseñarme gratis?

—¡Todos, todos! respondieron unánimes.

—Pero no tengo nada absolutamente.

—¡Tanto mejor, tanto mejor! así verá V. R. que no le enseñamos por las imágenes, sino por las almas.

El siguiente rasgo revela claramente toda la delicadeza de sus corazones y su reconocimiento para con el Padre celador. «Desde hacia mucho tiempo, dice este último, advertia en mi celda una limpieza y frescura sorprendente; persianas acomodadas, mesa perfectamente limpia, etc., etc., sin que yo hubiera puesto la mano en ello. Estaba yo bien lejos de sospechar quiénes eran los verdaderos fautores de esta sorpresa, hasta que cierto día tuve que interrumpir súbitamente una ocupacion que me tenia ordinariamente fuera á determinada hora, sorprendi á mis seminaristas infraganti.



La mortificación voluntaria no les es desconocida. Con frecuencia se encuentra en el plato de postres una fruta respetada y correspondiente á alguno cuya fisonomía está lejos de indicar la menor dolencia.

Todos los domingos van á servir la misa solemne en la catedral cofta, lo que les inicia en las ceremonias y canto propios de este rito, lo que no es á la verdad cosa ligera, pues la misa cofta cantada dura hora y media ó dos; por Navidad la ceremonia se prolonga desde media noche hasta las seis de la mañana, y durante todo este tiempo el celebrante y los ministros cantan, y en los momentos más solemnes con acompañamiento de triángulo y timbres de cobre. Hay que advertir que las incensaciones, las genuflexiones y bendiciones no tienen número ni medida. Las ceremonias no están escritas en ninguna parte, y los cantos nunca se pusieron en nota; todo tiene que transmitirse por tradición: á causa de esto el Padre Santo ha querido expresamente que nuestro seminario fuese establecido en el Cairo, medio á propósito para facilitar á los discípulos el estudio de las ceremonias de su rito y dar esplendor al mismo tiempo á los Oficios de la catedral.

En el establecimiento son con nosotros del rito latino, sirven nuestras misas y cantan nuestros himnos. Tienen permiso para comulgar con nuestras hostias ázimas en las misas que celebramos, privilegio de que no gozan sus compañeros láicos externos, coftos, griegos y siríacos; que usan del pan con levadura. Para estos últimos viene cada domingo un sacerdote cofto que celebra la

misa en nuestra capilla y da la comunión á los discípulos de estos diferentes ritos. Respecto á los externos armenios y maronitas que se sirven del pan ázimo, pueden recibir de nuestra mano la sagrada Comunión.

Formar estos seminaristas para la piedad no es sino una parte de nuestra tarea; tenemos además que instruirlos en la ciencia. El buen éxito que ha coronado estos dos primeros años son feliz augurio para el porvenir. En los últimos exámenes han obtenido la tercera

parte de los premios, aunque el número de externos era seis veces mayor, y un seminarista fué quien, por sufragio de todos, mereció el primer premio de comportamiento.

Estudian el latín como en nuestros colegios de Europa y en los mismos libros. Sin duda que esta lengua no les será de la misma utilidad que á los sacerdotes europeos, puesto que su liturgia es cofta, y todas sus predicaciones y ministerio se hacen en lengua árabe, que no tiene ninguna afinidad con la latina; pero ésta ofrece la inestimable ventaja para los orientales de unirles á Roma por toda la tradición apostólica. Para el sacerdote oriental que no

conoce el latín, la Iglesia romana con sus oraciones, sus ceremonias, sus innumerables documentos y sus Doctores no es sino una extranjera á la que nunca ha visto ni conocido. No puede buscar el pensamiento de Roma en los monumentos auténticos, pues este pensamiento sólo le llega por rarísimas traducciones árabes, con frecuencia muy incompletas.

El griego antiguo tiene también su lugar en la ense-



SIAM.—Monumento elevado para la cremación del último rey de Siam, en Bang-kok.  
(Pág. 304).



ñanza católica. La presencia de varios discípulos griegos nos ha decidido á adoptar la pronunciación moderna, que difiere bastante de la adoptada en la mayor parte de las escuelas europeas.

Además de estos estudios comunes á los seminaristas de Europa, nuestros niños tienen que dedicar considerable tiempo al estudio del árabe, su lengua materna. A él consagran casi la tercera parte del tiempo, y es para ellos la asignatura más penosa, pues la lengua árabe escrita difiere profundamente del árabe vulgar que aprendieron á hablar desde su infancia. Este árabe literario es una lengua sumamente rica que no se puede leer sin saberla, en atención á que nunca se marcan las vocales, salvo en los libros sagrados, y que es preciso adivinarlas; una lengua cuya escritura tiene todas las abreviaturas y combinaciones de las más complicadas estenografías, hasta el punto de que la caligrafía árabe es un arte al que se dedican muchas personas distinguidas. Así nuestros discípulos tienen dos veces á la semana un curso de caligrafía á cargo de un hábil escribiente.

Se preguntará tal vez cómo estos niños, que reciben la enseñanza en un idioma extranjero, y tienen que emplear la tercera parte del tiempo en el estudio gramatical y gráfico de la suya propia, pueden bajo un sol de fuego y un clima enervante seguir completamente el programa de nuestras clases de Europa? Esta pregunta nos la hemos hecho repetidas veces. Lo cierto es que hasta ahora su inteligencia pronta, su memoria generalmente felicísima y su entusiasmo por el trabajo han triunfado de los obstáculos y resuelto victoriosamente este problema.

Hasta nuestros externos rivalizan en ardor con los seminaristas, como lo atestiguan los estudios á que se entregan durante el tiempo de vacaciones.

Como la mayor parte de nuestros colegas están destinados á vivir en pueblos pobres, privados de comodidades y obligados á proveerse de muchas cosas, exigimos que se sirvan á sí mismos en cuanto lo permiten sus estudios. En la distribución de esas ocupaciones cotidianas cada uno ambiciona para sí las más penosas, y da gusto ver con qué alegría se apresuran á armarse de los útiles más humildes y «aprestarse, como dicen, á imitar á Jesús adolescente.» Además corre á su cargo el cuidado de la sacristía y el ornato del altar. Se ha dicho que respecto á habitación, comida y aún traje les proporcionamos un bienestar de que no gozarán más tarde. Pero no veo qué cosa pueda cambiarse en esto, pues pidiendo á estos niños un trabajo intelectual penoso al que no estuvieron acostumbrados desde sus primeros años, es preciso aumentar sus fuerzas físicas, que emplearán un día en el servicio del Dueño celestial.

El resultado es que les obtenemos una salud perfecta en un país que se dice es poco propicio para la infancia. Hasta el presente hemos evitado también la desoladora y contagiosa oftalmia de Egipto, que según se dice ha ocasionado en el Cairo más de cuarenta mil ciegos é innumerables enfermos.

Los que conocen las casas de lodo y las costumbres de las familias pobres del campo en Egipto, comprenden que no podríamos sin grandes inconvenientes permitir que los niños pasasen con sus parientes el tiempo de vacaciones. Un excelente cofto católico, de una de las más antiguas familias del Egipto, les ha prestado gene-

rosamente para ese tiempo una casa de campo á orillas del canal de Ismailia, á tres cuartos de hora de la ciudad. Nuestros escolares han vuelto de allí medrados y completamente restablecidos de las fatigas del año.

Todos estos niños pertenecen á familias poco acomodadas, por lo que es imposible pedirles la más pequeña retribución: ha sido, pues, preciso encargarnos de su manutención y todo lo demás aún durante las vacaciones. Para subvenir á tantas atenciones contamos con escasísimos recursos. Las familias coftas que poseen algunos bienes de fortuna son en muy corto número, y sus limosnas apenas bastan para mantener el clero existente y cubrir los gastos más indispensables del culto. El número de coftos católicos es de unos 5,000, de los cuales 800 residen en el Cairo y los restantes viven diseminados en diversas poblaciones del Alto Egipto. Hay 12 iglesias y 3 capillas, teniendo todas necesidad de grandes reparaciones. Seis pueblos carecen absolutamente de local para el culto. Los sacerdotes viven casi exclusivamente de los honorarios de misas, en gran parte procedentes de Europa, y muchos, por consiguiente, llevan una existencia vecina de la miseria. A causa de la carestía de los comestibles en nuestra capital, el mantenimiento de un seminarista nos cuesta casi 1,000 pesetas anuales. Inútil es añadir que no tenemos fundación alguna para atender á estos gastos; hasta la casa que habitamos es alquilada.

Toda nuestra esperanza se funda en la caridad cristiana.

Confiamos que el Niño Jesús, que vino pobre y extranjero á Egipto, abogará por nuestra causa cerca de los ricos de este mundo, y que probará una vez más que no abandona á los niños del seminario de la Sagrada Familia.

## JAPON.

*Extracto de una relación del Rdo. Fraineau, misionero del Japon meridional, al Ilmo. Petitjean.*

**J**UAN Bautista Iwanaga Catsularo era discípulo del primer curso de latín. La dulzura de su carácter y su piedad hacían que fuese particularmente querido de sus maestros y condiscípulos. Por desdicha era endeble y enfermizo, y aunque joven, quebrantado ya por las privaciones y tormentos, pues había transcurrido su infancia en el destierro y entre privaciones. Contaba sólo seis años cuando estalló la persecución en Uracami (1870). Nuestro tierno confesor de la fe permaneció inalterable ante los verdugos. Fuertemente sujeto con los demás individuos de su familia, embarcado en un buque japonés y enviado á Kichnu, una de las provincias donde por espacio de tres años fueron más perseguidos los cristianos, en medio de toda suerte de privaciones, Juan Bautista adquirió el germen de esa enfermedad de consunción que acaba de arrebatárnoslo.

A fines del año último ya me inspiró su estado serios temores, y adelanté para él la época de las vacaciones. El aire natal y la vida campestre pareció reanimarle algún tanto, y á la reapertura de los estudios, el 8 de Noviembre, se creyó bastante fuerte para proseguirlos. Apenas transcurrieron cinco días cuando se vió obligado á



salir del seminario y á volver de nuevo al seno de su familia. El médico le declaró muy luego que eran inútiles los remedios, y que todo sería cuestion de tiempo. Juan Bautista no pensó desde entonces sino en prepararse á bien morir.

Me comunicó por sí mismo el anuncio de su muerte con tanto gozo como si me hubiera hecho saber su curación.

«Todo está concluido, me escribió á fines de Noviembre con mano temblorosa; todos los médicos me han desahuciado, y probablemente no llegaré al año próximo... ¡cúmplase la voluntad de Dios!... mi vida está en sus manos; dígnese disponer de ella cuando le plazca. Entre tanto sólo me ocupo en disponerme para la muerte.»

El término, sin embargo, no estaba tan próximo como se creía, y nuestro pobre enfermo vivió todavía dos meses. Su admirable paciencia y la resignación con que soportó sus prolongados sufrimientos edificaron á toda la cristiandad de Uracami, y yo mismo, cuando mis ocupaciones me lo permitían, experimentaba singular complacencia en visitarle. Las conversaciones íntimas que teníamos, en las que me descubría su alma por entero, me consolaban y fortalecían; la idea de que en breve sería un ángel cerca de Dios me inspiraba profunda veneración hacia aquel muchacho, acostado en una humilde estera. Me parecía verle ya en el cielo; y especialmente cuando le disponía para bien morir recomendábale mi obra, mi familia y mi seminario.

Entre tanto la enfermedad, aunque lenta, continuaba sus estragos y la vida se iba extinguiendo cada vez más.

Por fin el lunes 28 de Marzo, á las cuatro de la tarde, dos cristianos de Hira vinieron á toda prisa para anunciarme que nuestro enfermo se encontraba en el último trance. Aquella poblacion dista dos leguas del seminario, y partí sin pérdida de tiempo.

Al entrar en la casa encontré á la madre llorando en el umbral. Temí haber llegado un poco tarde... pero no, Juan Bautista tenía aún un soplo de vida, y arrodilléme junto á él en su estera. La agonía no había podido desfigurarle: en su fisonomía, dulce siempre y resignada, se reflejaba toda la tranquilidad de su alma. Sus ojos semivelados fijábanse en el crucifijo que estrechaba contra su pecho: conservaba aún su completo conocimiento.

Así que me vió esforzose por levantar un poco la cabeza, y con voz perfectamente articulada, aunque moribunda, me dijo:

—¡Oh, Padre, cuántas incomodidades le ocasiono!... He deseado verle una vez más antes de morir... esta será la última.

—¡Valor, querido hijo! considera que vas á ver á Dios. Para fortalecerte te traigo la bendición de nuestro querido obispo, que se une á tus sufrimientos y no se olvida de ti en sus oraciones... Esta misma mañana ha celebrado por tí la misa, á fin de que Nuestro Señor te asista y sostenga.

—¡Gracias... déle V. las gracias por mí!... Tengo tanta necesidad de oraciones... *Ora pro nobis nunc et in hora mortis nostræ...*

Y tomó los rosarios que traía pendientes del cuello. Incesantemente tenía en los labios esta invocación del *Ave Maria*, que era su acostumbrada jaculatoria.

Orámos un momento juntos, y le bendije en nombre de Su Ilustrísima: luego, inclinándome hacia él, le pregunté:

—¿Acaso te atemoriza la muerte?

—¡Oh, no! me respondió sonriendo: mucho tiempo há que la deseo ardientemente; pero no me atrevía á pedirselas á Dios... Esperaba que me fijase por sí mismo mi hora.

—Pues bien, querido hijo mio, esta hora ha llegado ya. Dentro pocos instantes todas las miserias de la vida habrán concluido para tí, y estarás en el cielo... ¡Cuán feliz vas á ser por haber conocido y amado á Dios en este mundo!... Ahora es cuando debes darle gracias sobre todo por haberte hecho nacer cristiano. ¡Hay alrededor de tí tantos paganos que no le conocen aún y que morirán sin conocerle! Cuando estés en el cielo ruega por estas infelices almas; ruega también por tu obispo, y no olvides á tu antiguo profesor.

—¡Oh, no; de ningún modo olvidaré á V. ni á Su Ilustrísima!

La emoción embargó su voz. Tomándome la mano la llevó á sus labios, y sentí correr por ella dos gruesas lágrimas.

Eran las siete y media de la tarde. Mis ocupaciones no me permitían pasar la noche cerca de nuestro querido enfermo, y así despues de rezar las oraciones de los agonizantes y darle mi postrer adios, emprendí el regreso al seminario.

El día siguiente, en el momento en que subía al altar, anunciáronme que Juan Bautista había entregado su alma á Dios.

Los funerales tuvieron lugar el 30 de Marzo, en la iglesia de la Inmaculada Concepción de Yamarato (Uracami), que se llenó como en los días de las solemnes festividades. No solamente los discípulos del seminario y de la escuela del valle, si que también más de mil cristianos, cesando su trabajo, quisieron asistir á las honras fúnebres y tributar un postrer testimonio de afecto á aquel jovencito á quien todos amaban.

Despues de cantada la misa de *Requiem* y el *Libera me*, el cortejo salió de la iglesia y se puso en marcha hacia el cementerio. No pudiendo mezclarnos entre los asistentes á causa de las leyes japonesas, que nos prohíben aparecer en las ceremonias exteriores, desde lo alto de la colina en que está edificada la iglesia seguimos largo tiempo con el corazón y con la vista la inmensa procesion que adelantaba lentamente en doble hilera, y que salmodiando las *Ave Marias* del Rosario conducía al difunto á su última morada.

Descansa en el cementerio de su familia, en los montes de Yamanaca. Sus condiscipulos han hecho plantar sobre su sepulcro una modesta cruz de piedra con esta inscripción:

HIC JACET JOANNES BAPTISTA IWANAGA CATSONTARO

17 ANNOS NATUS

BEATI MORTUI QUI IN DOMINO MORIUNTUR.

El seminario de Nagasaki al perder á uno de sus hijos ha adquirido un protector más, pues tengo firme confianza de que nuestro querido Juan Bautista está en el cielo, donde une su voz á la de nuestros santos Mártires, y que allí ciertamente no nos olvidará.



## ALTO ZAMBESE.

## LA FIESTA DE LA GRANDE DANZA.

Carta del P. C. Croonenberg, de la Compañía de Jesús.

**D**ESCRIBÍ en mi última carta (1) la fiesta de la Pequeña danza y de la Luna nueva de estío. Hoy quiero dar algunos detalles acerca la solemne fiesta anual de los matabeles designada con los nombres de la Grande danza, de la Luna llena ó de las Primicias y de los nuevos frutos. La Pequeña danza es como una preparacion, una repetición de la solemne fiesta que se celebra en la luna llena del primer mes que sigue al solsticio de estío (21 de Diciembre en el hemisferio austral).

Durante la solemnidad todos nosotros, así los Padres como los Hermanos, tenemos que estar agrupados en torno del rey con los europeos. Por mi parte elegí una eminencia desde la que pude hacerme cargo del conjunto de la fiesta. Así es que no se me escapó detalle alguno, y puedo literalmente dar una descripción *de visu*.

A propósito de la Pequeña danza ya hice una regular pintura del teatro de esta solemnidad, de la meseta, del palacio del rey, del *kraal* de los bueyes y de la vastísima plaza que frente á éste se extiende. En idioma matabele llámase la plaza Isibaia, como quien diría el Agora de Atenas ó el Foro romano. El resto del año reina en el Isibaia una calma enteramente oriental, ó por mejor decir tropical. Surcan esta inmensa pradera los bueyes, los machos cabríos y sus pastores, y al rededor de la misma hay las chozas de los indígenas: detrás de éstas una empalizada protege los rebaños y los habitantes contra las fieras y á veces de los ataques de los enemigos. En la parte exterior de esta empalizada hay la estación de los blancos.

Algunos días antes de la fiesta, y sobre todo en el de ella, vimos reunirse en esta planicie, ordinariamente tan tranquila, numerosas partidas de guerreros matabeles. Son los regimientos de todos los puntos del territorio que acuden al llamamiento del rey. Al verlos de lejos con las negras plumas de avestruz en la cabeza se les tomaría por granaderos de ciertos países de Europa adornados con sus penachos; pero vistos de cerca desaparece la ilusión: por todo uniforme cubren sus espaldas con los despojos de pantera, y sus armas se reducen á un broquel cubierto con piel de buey que sostienen con la mano izquierda, y azagayas y *herries*, que traen en la derecha.

Las fiestas duran cuatro días enteros, durante los cuales el rey tiene que alimentar á todo su pueblo, y en cambio recibe muchos regalos de sus fieles súbditos.

El primer día tuvo lugar la grande danza propiamente dicha. A las tres de la tarde todos los guerreros están en el puesto que se les ha designado. Lo Bengula aparece en la entrada de su *kraal* de los bueyes, delante de la inmensa planicie, y me hace sentar á su izquierda, á la entrada del Isibaia: luego sube al pequeño cerro formado con la boñiga acumulada de todos los bueyes de Gubulawayo. Desde allí extiende majestuosamente la mano derecha hácia los 8,000 guerreros colocados en buen orden al rededor del hemiciclo y en tres ó cuatro hileras. A ésta señal los guerreros prorumpen en el grito de *Ye-*

*bo, yebo, yebeziú!* «¡Sí, sí, á tí, á tí que eres grande!» Este es el saludo real: luego bailan cadenciosamente sin moverse del mismo lugar, y también acompasadamente agitan sus broqueles, subiéndolos y bajándolos, y adelantan y retiran sus *herries*, que aparecen y se esconden con perfecta uniformidad, por sobre los 8,000 *kolbacks* ó penachos de plumas de avestruz.

A intervalos se interrumpen estos ejercicios, y entonces aparecen en el hemiciclo guerreros que simulan marchas y hazañas, teniendo mucha afición á desplegar su fuerza, habilidad y ligereza en tales maniobras salvajes. Causan impresion verdaderamente terrible cuando se lanzan sobre el enemigo con feroces ademanes y espantosos gritos. Al verlos nos formamos una idea de los sangrientos combates que tuvieron que sostener los ingleses contra los cafres de Cettiwayo.

Terminadas esas danzas guerreras de los jefes, veo desembocar de las chozas vecinas de la izquierda, en dos largas hileras, las mujeres del rey, magníficamente adornadas con toda especie de oropeles y cintas de colores, y cantando en tono bastante elevado el saludo al rey: *Yebo, yebo, yebeziú!* Con paso lento y acompasado adelantan en el hemiciclo, mostrando con una mano el anillo conyugal, signo de su fidelidad, y llevando en la otra una rama verde, símbolo de la paz. Se entregan á danzas bastante apacibles, y luego se retiran por donde llegaron. Eran cerca de las seis de la tarde: el sol poniente, en este país sumamente grato, despedía dorados reflejos y una luz rojiza sobre escenas tan singulares y primitivas: cualquiera creeríase transportado al tiempo de los Patriarcas, bajo el sol de la Arabia ó en las llanuras de la Caldea. Llegada la noche cada cual se retiró á su tienda ó en la de sus amigos, para banquetear sin duda y entregarse á las dulzuras de un sueño bien merecido.

El día siguiente, segundo de la fiesta, debíamos ser testigos de un espectáculo muy diverso. En el momento en que el sol caía á plomo sobre nuestras cabezas vimos multitud de guerreros matabeles precipitarse como un torrente impetuoso hácia el barrio de los blancos. El rey iba á su frente, y traía un cinturón dorado que brillaba sobre su negra epidermis, y una banda de color verde terciada al pecho: él es el único que puede ceñirse un tahalí de este color. Corría apoyándose en su azagaya, y de lejos le vimos detenerse instantáneamente: el oleaje humano que le sigue estalla en un sordo rugido. El rey ha arrojado su azagaya, que silbando hiende los aires y va á clavarse en el suelo á sesenta metros de distancia. Una multitud de salvajes precipítase entonces hácia adelante, procurando cada cual ser más ágil en la carrera y más diestro en la maniobra. En breve uno de los guerreros, envanecido de su hazaña y de su victoria, devuelve el venablo al gran príncipe, «al rey de bajo los montes.»

Esta ceremonia militar es simbólica. El rey al recibir el arma pronuncia estas palabras:

—Aquel que me ama obedece en todo mi voluntad, como este fiel guerrero ha seguido á lo lejos y me ha devuelto mi azagaya.

Grandes gritos saludan al vencedor y aplauden las palabras del rey. Los salvajes se marchan á la empalizada, y todo queda en silencio.

El tercer día tiene lugar la inmolation ó mejor dicho la matanza de las víctimas.

(1) Véase la pág. 274.



En pie cerca del *kraal* de los bueyes y junto al cerro ya mencionado, Lo Bengula da orden para que le traigan las víctimas destinadas al sacrificio. En breve llegan al centro de la planicie dos ó trescientos animales cornudos, yendo al frente diez magníficos bueyes negros sin mancha alguna. El príncipe dirige una mirada de satisfacción al rebaño, y luego extiende su mano derecha sobre los animales que tiene al frente. Este gesto significa que todo viviente le pertenece; y el pueblo le contesta con el patriótico grito: *Yebo, yebo, yebezi!*

Entonces se echan suertes sobre las bestias y se indica el orden en que tienen que ser inmoladas. Condúcense las víctimas al centro del hemicírculo, donde se encuentra el *induna* ó jefe designado para hacer el oficio de sacrificador. Este se adelanta lentamente hacia la primera víctima, sujeta por cuatro vigorosos jóvenes, pónese con presteza á su lado izquierdo, y con un movimiento rápido y vibrante le hunde su azagaya hasta la empuñadura entre las costillas y el lomo; el animal lanza un sordo mugido, arroja sangre por las narices y va á caer á unos dos pasos. Esta operación se verifica con asombrosa rapidez, bastando una hora para inmolarse así más de cien víctimas. Los cadáveres de los bueyes negros ó sagrados son arrastrados al *kraal* del rey: su carne y su sangre sirven para los filtros y remedios, y probablemente también para los doctores y fetiquistas del rey, llamados Amazizis en matabele. Los otros animales son descuartizados y su sangre distribuida á todos los súbditos del rey, que pasan la noche siguiente hartándose de carne y de *djuwala*. Confieso que esta escena de sacrificio ofrece pocos atractivos. Parece que uno se encuentra en un inmenso matadero. La vista, el olfato, el oído, todos los sentidos son desagradablemente afectados. Contemplando aquel espectáculo uno puede formarse idea bastante exacta de lo que eran las hecatombes de los pueblos de la antigüedad. A despecho de toda mi buena voluntad nunca he podido encontrar en semejantes sacrificios la poesía que muchos se sienten tentados á ver en ellos después de leer las descripciones de Homero y de Virgilio.

Por fin aparece radiante la aurora del cuarto día de la fiesta de los matabeles, consagrado á la ceremonia de las Primicias y de los nuevos frutos, y que nos ofrecerá espectáculos algo más poéticos que el sacrificio de la víspera, pero aún sobrado realistas.

A la hora en que el sol ha traspuesto nuestras montañas del Este, es decir, á las nueve de la mañana, Lo Bengula se dirige al centro del *Isibaia*.

En medio de la planicie se eleva una inmensa pira compuesta de todos los huesos de los bueyes y otros animales muertos para las necesidades del rey y del pueblo de Gubulawayo durante el año transcurrido. En frente se ha colocado el trono real, que consiste en un simple asiento de madera roja: el rey viene á sentarse en él; luego se prende fuego á la pira, y de vez en cuando el jefe se levanta y atiza por sí mismo el fuego con su azagaya ó venablo de hierro: las mujeres esclavas se ocupan continuamente en mantener y revivar el fuego.

Mientras negras nubes de humo *sagrado* cubren la planicie é inundan los pulmones poco delicados de los hijos del trópico, 8,000 guerreros se colocan paulatinamente en torno de la hoguera, permaneciendo en cucl-

llas é inmóviles. Detrás de ellos se estrecha todo el resto del pueblo. Ne lejos de la pira, á cinco pasos de las primeras filas de los soldados, se ven los doctores fetiquistas, los Amazizis, y cerca de ellos algunos jóvenes esclavos escogen las nuevas yerbas, separan las gavillas de maíz, desgranar las espigas de *amabelé* ó *caffir-corn*, etc., *primicias* ofrecidas al rey, quien hace sobre ellas una triple libación.

Al mismo tiempo las reinas, revestidas como la víspera con sus más ricos adornos, desfilan en cortejo ante el pueblo reunido, y dan vueltas á la hoguera cantando himnos á los espíritus de Matchoban, padre de Mosilikatzi; de Mosilikatzi, padre de Lo Bengula, y de Lo Bengula mismo, «el príncipe de la paz, el príncipe de la guerra, el gran rey, el rey de los reyes, Enkos Amakos.»

Durante esta ceremonia las mujeres matabeles han traído en tarros de piedra carnes asadas, cuyo aroma embalsama el aire y corrige un tanto la acritud del humo.

Por último, cuando se han cumplido todos los ritos, se termina la fiesta de la manera que concluyen todas las solemnidades entre los pueblos primitivos y otros muchos que no lo son ya, esto es, con inmensos y fabulosos banquetes, que dejan al pueblo bajo la impresión de gratos recuerdos, y fortalecen su respeto y adhesión al rey Lo Bengula.

Hé ahí la descripción, aunque incompleta, de la solemne fiesta de los matabeles. Para formarse de ella una idea exacta es preciso verla, como nosotros, en todos sus detalles. Hay allí lo extraño, lo horrible, lo bello, lo solemne, lo cómico, lo alegre, lo sencillo, lo grandioso, etc., etc., como diría madama de Sevigné.

Verdaderamente ofrecen algo de asombroso esos hijos de la naturaleza, que no han estado aún en contacto con los pueblos civilizados. Hay en ellos una singular mezcla de bondad y crueldad, de rectitud y corrupción, de grandeza y pequeñez.

¡Ah! si esos 10,000 guerreros matabeles que hemos visto desfilar ante nosotros, con el rey al frente, fuesen cristianos! Si les tocara la gracia de Jesucristo, si fuesen dóciles á sus enseñanzas, y el Evangelio hubiese purificado sus corazones, sus usos y costumbres, ¡qué magnífica conquista sería para la Iglesia y la civilización!

## MINDANAO.

*Carta del P. Guillermo Benmázar, de la Compañía de Jesús.*

Tamontaca, 10 de Mayo de 1882.

**E**RAN las nueve de la noche del 5 de Setiembre del año pasado cuando pisaba por vez primera el suelo de Filipinas, y á las nueve y media daba un abrazo á los Padres y Hermanos del Ateneo municipal de Manila, colegio dirigido por los nuestros. Nueve días permanecí en dicha capital, durante los cuales tuve el gusto de visitar sus ricos y hermosos templos, embarcándome el 14 en el vapor *España*, que salía para el Sur de Mindanao, pues había sido destinado á Joló, aunque por de pronto debía llegar hasta Tamontaca, donde residí todavía.

El 18 fondeamos en Zamboanga, capital de Mindanao, donde encontré á mis hermanos de religión los PP. Barranera y Carreras, y al H. Pujol, también mallorquín.



El P. Carreras es uno de aquellos dos que en 1879 fueron horriblemente heridos por los moros de Joló.

El día 20 hicimos escala en Joló, donde tuve el gusto de ver al que entonces miraba por mi futuro compañero, el P. Vila, que, juntamente con el H. Gairolas, estaba ocupado en levantar el hermoso y grandioso templo que va á concluirse. Despues de la comida me hicieron descansar un rato: en la tela del catre ví una mancha muy grande de color negruzco. Aquella mancha era de sangre, y aquel catre el mismo sobre el cual habia sido colocado el P. Batlló, compañero del P. Carreras, despues de haber recibido dos horribles golpes de kris en la mano y brazo derechos, y una lanzada en el costado izquierdo. Estas son á veces las recompensas de los trabajos y sufrimientos de los misioneros, y recompensas de no pocos apetecidas.

Pollok y Cotta-bato fueron los otros dos puntos que á mi paso visité, encontrando en este último al P. Beá, el cual estaba en Mallorca cuando vino á visitarnos la *gloriosa*; y, como deseaba llegar al lugar de mi destino, despues de un rato de conversacion partí á pié para Tamontaca, distante de Cotta-bato una legua escasa, y llegué á eso de las once.

Dulce fué por cierto la impresion que recibí al verme al lado de los Padres y Hermanos de esta Mision, y rodeado de una multitud de niños de todas edades, que despues de mirarme sin pestañear, se decian mutuamente en su propia lengua y en voz no muy alta: *Padi nagu, Padi nagu* (Un Padre nuevo, un Padre nuevo); mientras otros añadian: *Mapuru á tantu* (Es muy alto). Era algo más de las once, y habian dejado los trabajos de la sementera para venir á comer al convento.

Pero, si grata fué mi primera impresion á la vista de esos niños antes esclavos y moros, y ahora libres y cristianos, no lo fué menos la que recibí por la tarde cuando á eso de las seis, estando yo sentado sobre el puente que comunica con la iglesia, oí de repente á mi espalda una multitud de voces infantiles, que casi á una me saludaban diciendo: «Buenas tardes, Padre.» Me volví de repente y como movido por un resorte, y ví otra multitud de niñas tambien de todas edades, que, caminando en dos filas, iban pasando por sobre el puente. Eran las libertas que venian de la sementera conducidas por una de las Madres que dirigen dicho establecimiento. Estos son los moradores de este establecimiento agrícola de Tamontaca, de cuya fundacion, progreso y estado actual empezaré por hablarle, dejando para despues el darle noticia de las razas infieles que nos rodean, de sus usos y costumbres, y de las relaciones en que con ellos estamos.

Los primeros Jesuitas que vinieron hace veinte años á predicar el Evangelio á los infieles de esta parte Sur de Mindanao, regada ya en otro tiempo con la sangre de sus hermanos, llevaban ya la idea y el deseo de reunir algunos niños y criarlos como convenia para formar con ellos una nueva generacion; pero no se pudo por entonces, y se dedicaron á evangelizar á los montañeses llamados Tirurayes. Despues de diez años, el de 1872, pudieron juntar á la Mision de infieles el establecimiento agrícola de que le estoy hablando; y fué del modo siguiente: Con ocasion de una hambre que afligia á los moros, y los hacia desprender de sus niños á poca cos-

ta, el Excmo. Sr. D. Fernando Golfín, entonces gobernador de Mindanao y residente en Cotta-bato, propuso á los Padres misioneros rescatar estos niños, irlos educando y acostumarlos al trabajo, para que, casándose á su tiempo, fuéran formando familias para poblar poco á poco el lugar de Tamontaca. Los misioneros aceptaron en seguida la proposicion, que debia tropezar al principio con no pequeñas dificultades: era obra de Dios, y por lo tanto debia hacerle guerra el espiritu del mal.

Se formó una Junta presidida por el señor Arzobispo, se abrió una suscripcion para buscar recursos, y se envió sin demora una cantidad á la Junta subalterna que en Cotta-bato se formó para rescatar á los niños y proveer á sus necesidades; y el día 9 de Setiembre de 1872 llegaron á Tamontaca los cuatro primeros niños rescatados. Era cabalmente el día del beato Pedro Claver, de la Compañía de Jesús, quien con tanto celo, caridad y trabajo se consagró en Cartagena de Indias, por espacio de cuarenta años, al ministerio de los negros esclavos; así es que los niños rescatados le miran como á su padre y protector.

Apenas pasaba día sin que llegara algun niño rescatado, tanto, que en menos de un mes habian ya recogido veinte y dos entre niños y niñas, estando los primeros bajo el cuidado inmediato de los Padres, y las niñas confiadas á una buena mujer tiruray de la primera familia que se habia bautizado en 2 de Febrero de 1863. Pero cuando el corazon de los misioneros rebotaba de gozo al ver crecer en torno suyo aquella pequeña grey, les fué comunicada la resolucion de la Junta superior de Manila de que los niños rescatados fueran llevados á dicha capital para ser repartidos entre las familias que con sus limosnas habian contribuido á su rescate. Esta resolucion minaba por su base el proyecto del señor Gobernador y de los Padres misioneros de formar con dichos rescatados una colonia en Tamontaca; por eso el señor Gobernador y la Junta de Cotta-bato resolvieron conservar en esta Mision los niños que habian rescatado; y, comunicando su resolucion á la Junta superior de Manila, ésta, enterada de todo y conociendo sus buenos deseos, manifestó su conformidad, dejando para ello lo que aún quedaba del dinero que se habia mandado, reservándose lo restante de la suscripcion para rescatar niños y distribuirlos entre las familias bienhechoras. Con esto quedó resuelta la principal dificultad con que se tropezó al principio.

Por más que la Junta superior se hubiera negado á mandar nuevos recursos, el número de libertos y libertas iba creciendo de día en día; así es que el mes de Febrero, á pesar de que habian fallecido algunos, pasaban ya de setenta; y, como una nueva cristiana y otra mujer que de Manila se habia mandado, no bastasen para dirigir con acierto la multitud de niñas que se habian reunido, se pidieron algunas Madres de uno de los Beaterios de Manila, las que fueron enviadas sin pérdida de tiempo. Las que hay actualmente son cinco, de dos de las cuales quizás hable en otra ocasion.

Desde el momento en que entra un niño ó niña en su respectivo establecimiento, se le provee de todo lo necesario: habitacion, ropa, alimento, etc. Si son párvulos los ingresados, se les bautiza á los pocos días, y si adultos, se los instruye primero en la doctrina cristiana en



su propio idioma; y, ya suficientemente instruidos y deseosos del bautismo (como lo están de ordinario), se les bautiza. Además se procura que vayan aprendiendo la doctrina en castellano, y que se ejerciten en nuestro idioma.

Levántanse á las cinco y media, oyendo la misa á las seis, las niñas en la iglesia y los niños en el coro. Se canta antes y despues de la misa algun cántico religioso, y durante ella rezan en voz alta y dirigidos por un Hermano las oraciones de la mañana, ofrecimiento de obras y oraciones propias de la misa. Despues de haberse desayunado, van los niños á sus respectivos trabajos de sementera, carpintería, pilar arroz, etc., siempre dirigidos y vigilados por los Hermanos. Las niñas siguen análoga distribucion, trabajando tambien en la sementera conducidas por una de las Madres, mientras otras se ocupan en trabajos de otro género, como lavar, coser, planchar, etc. A eso de las once y media suspenden sus trabajos, y comen á las doce, teniendo despues recreacion hasta la una y cuarto, y descanso hasta las dos; desde esta hora hasta las tres se los instruye en lectura, escritura, aritmética, doctrina, etc. A las seis suspenden otra vez sus trabajos, y á las seis y media se les sirve la cena, á la cual sigue el Rosario, terminando siempre con un canto religioso, y despues instruccion hasta las ocho; á esta hora, despues de rezadas las oraciones, van á acostarse.

Cada trimestre tienen confesion y comunión general, precediendo algunos dias de preparacion con plática de dos á tres en la iglesia. Además se confiesan y comulgan algunos otros dias segun su devocion.

Al llegar á la edad de tomar estado, el Padre misionero explora la voluntad de los niños y niñas, y, estando conformes, los niños hacen sus respectivas casas, son proclamados, se casan, y van despues á sus respectivas moradas, trabajando por su cuenta. Mas, como no tienen aún con que mantenerse, el Establecimiento los considera como de casa el primer año, y á cada matrimonio da carabao (especie de buey), aperos de labranza y ajuar doméstico, para que, trabajando el primer año, tengan con que vivir el segundo. Entre tanto se los mantiene y viste. De este modo se les facilita el matrimonio y se les preserva de inminentes peligros. Los matrimonios verificados entre los niños y niñas del Establecimiento son actualmente 50, y los hijos de estos matrimonios 84, sin contar los que han volado al cielo.

El número de niños del Establecimiento varia; pero pueden calcularse de 70 á 80 niños, y de 50 á 60 niñas. Los rescatados hasta la fecha son 264, incluyendo algunos que voluntariamente se han acogido á dicho Establecimiento.

## CRÓNICA.

**Francia.** — Los directores del seminario de las Misiones extranjeras de París han publicado la memoria anual de los trabajos de su Sociedad. Del cuadro general de sus Misiones y de los resultados obtenidos en 1881 entresacamos las cifras siguientes que interesarán á nuestros lectores:

	Poblacion católica.	Poblacion pagana.	Conversiones de adultos.	Niños bautizados.
Mandchuria.	10,512	6.000,000	299	3,458
Corea.		10.000,000	352	1,262
Japon septentrional.	3,547	16.800,000	385	276
Japon meridional.	22,086	17.140,000	842	1,194
Su-tchuen occidental.	35,800	15.000,000	684	86
Su-tchuen oriental.	26,079	15.000,000	1,386	37,469
Su-tchuen meridional.	18,057	15.000,000	503	35,549
Tibet.	786	4.000,000	27	3,730
Yun-nan.	13,427	12.000,000	676	6,870
Kuy-tcheu.	16,057	10.000,000	968	10,810
Kuang-tong.	25,149	25.060,000	1,188	5,839
Kuang-si.	564	8.000,000	22	32
Tong-king occidental.	155,000	8.000,000	2,827	69,653
Tong-king meridional.	73,000	2.000,000	595	7,111
Cochinchina septentrional.	27,147	2.000,000	306	4,590
Cochinchina oriental.	37,076	3.000,000	2,696	11,578
Cochinchina occidental.	51,450	1.123,200	1,570	4,291
Cambodge.	13,792	1.800,000	787	21,074
Siam.	12,978	7.000,000	328	1,486
Malasia.	8,648	600,000	846	319
Birmania meridional.	13,200	2.580,000	464	658
Birmania septentrional.	1,835	2.500,000	16	154
Pondichery.	180,000	7.000,000	361	7,247
Mayssur.	26,493	5.000,000	706	1,229
Coimbatour.	24,027	2.000,000	250	1,587

**Chan-si (China).** — El P. Francisco María, menor observante, escribe al Rdo. P. Marie de Brest, procurador de las Misiones franciscanas:

«La construccion de nuestra nueva iglesia del Sagrado Corazon adelanta con rapidez gracias al generoso concurso de nuestros cristianos, que se consagran á esta obra con admirable entusiasmo. Como el terreno era muy bajo fué preciso, para terraplenarlo, acarrear millares de carretadas de tierra, y luego apisonar esta masa movediza con martinetes de piedra del peso de 200 kilógramos. Funcionaban continuamente cuatro máquinas, ocupando en junto cien operarios. Veinte hombres en cada una levantaban la maza á un metro del suelo y lo dejaban caer bruscamente. Al principio todos tenían miedo; nunca habian visto semejantes aparatos y creían imposible evitar un accidente. Vino un viejo jefe del pueblo que, haciendo alusion á los peligros que corrian, les dijo:

«— Pronto habrá viudas para casar.

«— ¿Y por quién, le contestaron escandalizados, trabajamos nosotros sino por Dios? De consiguiente, ¿no está Dios aquí para preservarnos de toda desdicha? Este hombre habla sin fe como un verdadero pagano.

«Su esperanza no quedó defraudada; no hubo que lamentar el menor accidente desagradable; así es que los operarios decian victoriosamente:

«— No habrá viudas para casar.

«Todos los cristianos trabajaban gratuitamente: no podia darles por alimento sino mijo. Algunos se lamentaron al principio; mas otros les replicaron:

«— ¡Pues qué! ¿acaso el Padre hace edificar para sí? No podemos ayudarle con nuestro dinero porque somos pobres; por lo tanto le ofrecemos nuestro trabajo, ¡y nos quejaríamos del alimento! Si el Padre economiza es porque tiene poco dinero, y quiere levantarnos una hermosa iglesia.

«Previendo que los cristianos del pueblo no serian suficientes para la obra, dirigí avisos á toda la cristiandad, suplicando que cada familia me enviase un hombre para trabajar gratuitamente seis dias. Todos respondieron á mi llamamiento.

«Cuando llegó la ocasion de bendecir la primera piedra, obtuve del vicario apostólico la autorizacion de hacerlo por mí mismo. Uno de nuestros compañeros, el P. Agustín, y



un sacerdote indígena, el P. Andrés Tieu, me asistieron en esta ceremonia, que se verificó en medio de un inmenso concurso de cristianos y paganos. A las ocho de la mañana nos revestimos los sagrados ornamentos, yo la capa y los otros dos sacerdotes la dalmática. Cuatro ó cinco asistentes, con sobrepelliz, y cuatro catequistas ó jefes de pueblo en traje de fiesta precedían á la cruz con dos cirios; seguían todos los cristianos, y luego la música, las flautas, los tam-tams y los platillos chinos formando una extraña sinfonía: yo iba detrás de la música, precedido de dos asistentes con sobrepelliz, y seguido de dos catequistas en traje de fiesta. La procesion salió de la antigua iglesia en el extremo Norte del pueblo, y se dirigió hácia la nueva. Me es imposible daros idea de mi emocion: las lágrimas me impedían rezar las preces del Ritual. Bendije la primera piedra, colocándola luego en el punto designado, mientras que las salvas, la música y las campanas alegraban á todos con sus sonidos. Hoy día las paredes de la nueva iglesia, que tiene 13 metros de ancho por 35 de largo, suben ya 2 metros: de las columnas sólo se han echado los cimientos. La iglesia está en el centro de la poblacion, á la orilla del gran camino que cruza toda la provincia de Sud á Norte.»

**Tibet.**—El P. Goutelle da algunos pormenores de un viaje que ha efectuado hasta muchas jornadas de camino de A-ten-tsé. Su carta no deja de ser importante, pues hace conocer países de los que se habla por vez primera.

«Hasta Ye-Tche, es decir en el espacio de dos jornadas y media de Tse-Ku, á seis jornadas de A-ten-tsé, no ha descendido aún la gracia de las conversiones, y por ahora no hay esperanza alguna de obtenerlas de este lado del rio; lo cual procede sin duda de que el misionero no ha estado más que de paso, sin tener ocasion de predicar. Para hacer salir este país de su modorra espiritual seria necesario colocar con algunos gastos dos ó tres familias cristianas de trecho en trecho. Cuando fuesen suficientemente conocidas, no dejarían de atraer alguno de sus vecinos al conocimiento del Evangelio.

«A cinco leguas se encuentra Ma-Li-Pin, en donde vive una familia de labradores, colonos de la lamasería de Kampu. Esta familia consta de ocho personas, y está sola y aislada en medio de la selva. En otro tiempo había querido abrazar nuestra santa religion; pero sus señores los lamas, para impedirlo y al mismo tiempo como un castigo, le quitaron algunos animales y la redujeron á la miseria. Como la amenazasen continuamente con la expulsion, consintió en marchar á otra parte á condicion de que los lamas le devolviesen todo lo que le habian arrebatado. No pudiendo conseguir justicia de sus amos, fué á quejarse al pretorio de Uy-sy; y como el mandarin era bueno y recto, pudo ella ganar la causa. En esta ocasion, habiendo perdido los lamas cierta cantidad y no pudiendo indemnizar á dicha familia, prefirieron reconciliarse con ella, dejarle el terreno y no inquietarla más por su religion. Mas como los misioneros sólo habian estado allí de paso, la familia continuaba en el paganismo. Este año, para probar de convertirla, tomé la resolucion de ir á pasar una noche con ellos, ó á lo menos asistir á la comida. Por especial providencia una fuerte lluvia me obligó á ambas cosas á la vez. Aproveché esta ocasion para exhortar á los individuos de esa familia, que se convirtieron todos á excepcion de una nuerá muy jóven todavía, á quien sus padres, malos paganos, habian inducido fuertemente á no hacerse jamás cristiana aunque su marido lo fuese. Al punto se apresuraron á quitar de la casa las tablillas paganas y todos los objetos pertenecientes al culto de los ídolos. Prometiles que á mi vuelta de Uy-Sy les traería las tablillas cristianas, y ellos se comprometieron á darme dos de sus hijos en clase de alumnos. Vendrán por la 7.<sup>a</sup> luna, habiéndoselo retardado los disturbios de la persecu-

cion. Apenas partí para continuar mi viaje, la nuerá tomó su hijo y fué á unirse con sus padres diciendo que no quería vivir más tiempo en casa de su marido porque habian destruido en ella todos sus dioses y no tenia á quien adorar. Su consolacion en la casa paterna duró poco, y sus dioses no cuidaron de recompensar su adhesion, pues en breve tuvo el dolor de perder padre y madre. Esperamos que no teniendo ya de este lado obstáculo ni tentacion alguna, volverá á unirse con su marido y acabará por imitarle, abrazando la verdadera fe.»

**Egipto.**—El P. Enrique, capuchino, da desde Port-Said las siguientes noticias acerca las obras que la piedad católica ha fundado y sostiene en aquella ciudad:

«La obra del Buen Pastor fué establecida en Port-Said el año 1863 con el benévolo concurso del Sr. de Lesseps. Esta obra comprende el hospital, perteneciente al Gobierno egipcio. Las Hermanas que lo sirven reciben anualmente la suma de 3,600 pesetas. Además hay allí la escuela de las Arrepentidas, en la que se mantiene gratuitamente á cierto número de jóvenes; el huerfanato, donde se admiten las huerfanitas ó los niños abandonados por sus padres, y por último el colegio para pensionistas y externos. En él se da la instruccion en lengua francesa; los discípulos más adelantados toman lecciones de inglés é italiano, y los jóvenes cuyos padres lo desean pueden aprender el alemán, el árabe y el holandés. Sólo tres discípulos pagan una módica pension; los demás son admitidos gratuitamente. La tercera parte de los discípulos externos reciben la instruccion gratuita: los demás satisfacen una retribucion mensual que varía de 2 á 5 pesetas.

«Tales son las obras actualmente existentes. Hace mucho tiempo que las Hermanas desean establecer otra cuya necesidad se hace sentir cada día más en Port-Said: una escuela y un taller gratuitos. En efecto, no pueden aceptar indiferentemente á toda clase de discípulas en su escuela de externas, pues la confusion de todas les quitaría las hijas de familias acomodadas, además de que tampoco lo permitiría la exigüidad del local: en el espacioso dormitorio del huerfanato las pequeñas camas se tocan unas á otras. Sin embargo, hasta el presente las excelentes Hermanas no se han negado una sola vez á recibir alguna de las huérfanas que han acudido á pedirles asilo y pan; las albergan del modo que pueden en uno ú otro sitio de la casa. Empero en Port-Said y entre la poblacion árabe sobre todo, hay centenares de niñas cuyos padres pueden subvenir á los gastos de manutencion, aunque no á los de instruccion.

«Muchas jovencitas pobres vegetan aquí sin medios para instruirse ni poder aprender á ganarse honradamente la vida. No habiéndoseles dado idea alguna de moral, no es de extrañar que gran número de ellas entren «para ganarse el pan,» como dicen, en el camino de perdicion... ¡Cuántas de estas serian buenas sirvientas ú honradas madres de familia si desde su infancia se les hubieran enseñado las santas nociones del bien y de la virtud!

«No son únicamente las religiosas las que desean el establecimiento de una escuela y de un obrador gratuitos en esta ciudad. Inglaterra, que se esfuerza en hacer predominar por todas partes su influencia, quisiera crear aquí la primera escuela gratuita, que, como es de suponer, seria protestante. No le faltarán á esta nacion apoyo ni dinero para realizar su plan. Pero es natural que las religiosas del Buen Pastor, consagradas con voto particular á trabajar en la salvacion de las almas, tengan la santa ambicion de emplear todos sus esfuerzos para impedir que tantos niños vayan á recibir las doctrinas de la herejía.

«La Compañía del Canal de Suez, aprobando los proyectos de las Hermanas, les ha prometido la concesion gratuita de un terreno de 400 metros cerca del huerfanato para que



puedan edificar en él su nuevo establecimiento. Obtenido el terreno, será preciso dar comienzo á las construcciones; pero sin más recursos que los que bastan apenas para sostener las obras actuales, ¿no sería temerario emprender otras nuevas? El edificio, la instalacion del local, bancos, mesas, objetos clásicos, etc., exigirían unas veinte mil pesetas.»

**Gallas.** — El Ilmo. Taurin, capuchino, vicario apostólico de Gallas, escribía recientemente:

«En el momento en que, conforme las esperanzas que se me habían dado, preparaba la partida de nuestros Padres para el Choa, la persecucion ha venido á afligir de nuevo á nuestra Mision. El P. Fernando, tolerado hasta el presente, ha sido definitivamente expulsado, y se han interdicto nuestras iglesias y dispersado nuestros neófitos. El rey del Choa, no obstante, deja en tranquilidad á los sacerdotes indígenas. Uno de ellos, que ha venido para acompañar al P. Fernando, regresará á su puesto con mis instrucciones y los auxilios proporcionados á la situacion presente, y confío que logrará penetrar hasta Guera un correo que he mandado á fin de sostener el valor de los cristianos.

«Todos tenemos el corazon lleno de amargura viendo la inutilidad de nuestros esfuerzos, la malicia del demonio y del mundo. Nos encontramos, pues, rechazados á la costa, excepto los misioneros que habitan en Harar, ocasionándonos tal estado de cosas muchos sufrimientos y considerables gastos. Aquí cuidamos á los pobres Somalis, cubiertos de llagas: todas las mañanas tenemos de veinte á veinticinco ante nuestra puerta. Cuando esté terminada la casa que hemos alquilado, estableceremos tambien una pequeña escuela, y segun la proporcion nos trasladaremos á Obock cuando la estacion esté verdaderamente fundada. Las gentes que me acompañan han partido ya; mañana salgo para Harar, donde la prosperidad de nuestras fundaciones reclama mucho tiempo mi presencia. Rogad por nosotros: la permanencia en Harar no deja de ser peligrosa en la actual situacion del Egipto.»

**Africa ecuatorial.** — En una memoria reciente del ilustrísimo Lavigerie encontramos los datos siguientes sobre las Misiones de aquella parte del Africa:

«La gran Mision del Africa ecuatorial se divide en cuatro provicariatos: los del Nyanza, del Tanganika, del Alto-Congo septentrional y del Alto-Congo meridional.

«Los dos primeros cuentan ya seis estaciones servidas por veintiseis misioneros ó auxiliares: Mdaburu, á la extremidad del Ugogo; Tabora, en el Unyamuezi; Ujiji y Masanzé, junto al Tanganika; M'boma y Rubaga, junto al Nyanza. Nos proponemos crear una nueva estacion en Kaduma ó Sukuma, al extremo Sur del Nyanza, ó en una localidad intermedia entre este lago y el Unyamuezi. Esta fundacion tiene por objeto unir entre sí, por una serie de estaciones no interrumpida, las estaciones extremas con la costa.

«Mas si los dos provicariatos del Tanganika y del Nyanza se desarrollan de un modo tan sensible, la reciente y dura prueba que hirió al último ha retardado la creacion de los provicariatos del Alto-Congo. El P. Deniaud, asesinado, debia presidir esas fundaciones todavía más remotas. Habíamos designado sus compañeros de viaje y de apostolado, y teníamos hechos todos los aprovisionamientos necesarios para la caravana que debia conducirlos á los Estados de Muatayambo. Todo ha sido saqueado ó echado al fuego.

«Una caravana partirá en breve bajo la direccion del Padre Toulotte.»

## NOTAS SOBRE EL REINO DE SIAM.

### II.

CEREMONIAS PARA LOS FUNERALES.—TÚMULO Y PALACIO ELEVADOS PARA LOS FUNERALES DE UN REY.



ANTO en sus juegos como en sus solemnidades, preciso es confesar que los siameses nada tienen de notable; sin embargo, cuando se trata de tributar los obsequios fúnebres despliegan verdadero arte. Para un simple mandarin ó cualquier ciudadano un poco acomodado las ceremonias duran tres ó cuatro dias; pero si el difunto es rey ó principe dedican aquellas gentes cinco ó seis meses por lo menos á espectáculos y fiestas, y una semana entera para los festines.

Digamos primero breves palabras respecto á la ceremonia ordinaria para el comun de los mortales. Cuando el siamés ha exhalado ya su postrer suspiro rodeado de talapuinos, que así se llaman los sacerdotes idólatras de aquel país, quienes le han recitado pasajes de sus libros sagrados, los parientes y más próximos amigos desahogan su dolor por espacio de quince minutos con lamentos y desgarradores gritos: luego lavan el cuerpo y lo colocan en un féretro dorado y adornado con flores, y queda uno ó dos dias expuesto bajo un pabellon rodeado de cirios y guirnaldas.

Transcurrido este tiempo sácase el ataúd, no por la puerta, sino por una abertura que se practica en la pared, y se dan con él tres vueltas al rededor de la casa rápidamente, á fin de que el muerto olvide el camino por donde ha pasado, y no vuelva para atormentar á los vivos. Acto continuo se le traslada en una barca, escoltada con gran pompa, á la pagoda donde debe ser incinerado, pues la cremacion está en uso en Siam como en gran parte de las Indias. (Véanse los grabados de la página 293).

Sácase el cadáver del ataúd, y el encargado de incinerarlo, por medio de un *tical* previamente colocado en la boca del difunto, lo depone sobre la hoguera, y una vez terminada la combustion los parientes, con la cabeza rapada y vestidos de blanco, que es el traje de luto, acuden á recoger los principales huesos, que encierran en una urna, y por fin durante tres dias se suceden diversiones y festines, sólo interrumpidos por el sermón de los talapuinos.

Para el rey las ceremonias son mucho más suntuosas: véase, segun el Ilmo. Pallegoix, cuyos son parte de los anteriores detalles, el ceremonial acostumbrado:

Así que el rey de Siam deja de existir se le hace tragar buena cantidad de mercurio, se le pone una máscara de oro y se le coloca sólidamente en un trono con el asiento agujereado, debajo del cual hay un recipiente de oro: el mercurio le seca prontamente, y todos los dias se va con gran ceremonia á vaciar en el rio la podredumbre que ha depuesto, y cuando está bien seco se le pone agachado y con las manos juntas en una urna de oro, donde se le guarda un año próximamente, mientras que se hacen los preparativos para sus funerales. Se manda cortar en los bosques los mayores árboles que puedan encontrarse, y se requisa á todo el pueblo para la construccion de un catafalco colosal, de 300 piés de elevacion, en medio de una gran plaza situada en el cen-





tro de la ciudad. Las columnas, la armadura y el techo de este inmenso pabellón están cubiertos con láminas de plomo, plata y oro; cerca del edificio hay dispuestas representaciones (en madera y cartón) de gigantes, ángeles, animales fabulosos, monstruos, montañas, etc. En torno de la plaza se plantan tiendas para el rey, sus mandarines y los talapuinós. (V. el grabado de la pág. 296).

En el tiempo establecido se traslada con solemne pompa, en un carro dorado, la urna que encierra el cuerpo del rey difunto, y se la coloca en un estrado. Entonces comienzan los regocijos públicos, que duran siete días: hay comedias, luchas, pugilato, bailes sobre cuerdas y toda clase de diversiones: el nuevo rey arroja billetes y limones que contienen monedas de oro y plata. Tales billetes representan el valor de un jardín, ó una casa, barca, etc.: los que pueden recogerlos van á presentarlos al tesoro real y se les paga al instante. Por la noche hay brillantes fuegos artificiales seguidos de espectáculos fúnebres. Por fin, el último día el rey en persona pone fuego á la pira, compuesta de sándalo y otras maderas odoríferas. No se sirven de un fuego común para esta ceremonia, sino de una llama encendida por un rayo y alimentada después cuidadosamente. Los huesos no consumidos por el fuego, una vez reducidos á polvo los mezclan con un poco de arcilla, y forman con esta pasta estatuitas que guardan en un templo destinado al efecto. Terminados los funerales se destruyen todas las obras que tanto trabajo costaron al pobre pueblo; y la plaza queda nuevamente despejada.

## ENSAYO SOBRE LA HISTORIA RELIGIOSA DE TÚNEZ,

POR EL SR. E. DE SANTA MARÍA.

X.

CAUTIVERIO DE SAN VICENTE DE PAUL.

(1605-1607).

**S**AN Vicente de Paul escribió la relación de su cautiverio en Túnez, y esta relación ha sido conservada como documento, á pesar de su formal prohibición de que se conservase. Pongo á continuación los fragmentos de ella más notables. Está escrita desde Aviñón, con fecha 24 de Julio de 1607, y

dirigida á M. de Commet, abogado en el presidencial de Acqs (1).

«...Hallándome próximo á partir (de Marsella para el interior), logró un gentilhombre, en cuya compañía vivía, persuadirme de que me embarcase con él hasta Narbona, visto lo bonancible del tiempo. Tan favorable nos era el viento que hubiéramos podido llegar aquel mismo día á Narbona, lo cual representaba un trayecto de cincuenta leguas, si no hubiese permitido Dios que tres bergantines turcos que costeaban el golfo de Leon para dar caza á los barcos que venían de Beaucaire, donde había feria, que se calcula ser de las más bellas de la cristiandad, no nos la hubiesen dado á nosotros atacándonos tan vivamente que fueron muertos dos ó tres de los nuestros y todos los restantes heridos, incluso yo que recibí un flechazo

que me servirá de reloj durante el resto de mi vida, y nos vimos obligados á entregarnos á aquellos felones (y peores que tigres). Los primeros desahogos de su ira consistieron en partir en mil pedazos á nuestro piloto, por haber perdido á uno de los principales de entre ellos, á más de cuatro ó cinco forzados que los nuestros les mataron. Hecho esto, nos aherrojaron, después de habernos groseramente examinado; siguieron su ruta, haciendo mil robos, dando empero libertad á aquellos que se entregaban sin combate, después de haberles robado; y por último, cargados de botín, al cabo de siete ú ocho días hicieron rumbo hácia Berbería, guarida y antro de la-

drones ignorados del Gran Turco, y una vez allí llegados, nos expusieron á la venta con detalle de nuestra captura, que dijeron había sido hecha en un buque español, porque sin esta mentira habríamos sido libertados por el cónsul que tiene el rey allá para hacer libre el comercio á los franceses. Ved ahí la manera cómo procedieron á nuestra venta: después de habernos desnudado por completo, nos entregaron á cada uno un par de rodillas y una chaquetilla de lino con un casquete y nos pasearon por la ciudad de Túnez, á donde habían ido para vendernos. Habiéndonos hecho dar cinco ó seis vueltas por la ciudad con la cadena al cuello, nos volvieron á conducir al buque, á fin de que los mercaderes fuésen á ver quién podía comer y quién no, para probar que

(1) Era Commet el joven, hermano del abogado que había sido el primer protector de san Vicente de Paul.



SAN VICENTE DE PAUL.



nuestras heridas no eran mortales. Hecho esto, nos llevaron al sitio donde vinieron á visitarnos los mercaderes lo mismo que si se tratase de la compra de un buey ó de un caballo, haciéndonos abrir la boca para examinarnos los dientes, palpándonos las costillas, sondeándonos las heridas, y haciéndonos andar al paso, trotar y correr, despues aguantar bultos, luego luchar para ver la fuerza de cada uno y otras mil suertes de brutalidades.

«Yo fuí vendido á un pescador, que no tardó en verse precisado á deshacerse de mí, por no haber para mí cosa más contraria que el mar, y despues por el pescador fuí vendido á un viejo médico espagirico (1), admirable extractor de quintas esencias, hombre muy humano y tratable, quien, segun me contaba, habia trabajado cincuenta años buscando la piedra filosofal (y en vano respecto á la piedra, mas con sumo éxito tocante á otras especies de transformaciones de metales). En fe de lo cual yo le habia visto muchas veces fundir juntas cantidades iguales de oro y de plata, ponerlo todo en pequeñas láminas, echar despues una capa de cierto polvo en un crisol ó vasija que para fundir emplean los plateros, tenerlo veinte y cuatro horas puesto al fuego, abrirlo despues y encontrar que la plata se habia transformado en oro; y más á menudo todavia congelar ó fijar el mercurio en plata fina, que vendia para dar á los pobres. Mi ocupacion consistia en mantener el fuego de diez ó doce hornos, lo cual, á Dios gracias, no me producía ni pena ni solaz. Me queria mucho, y gustaba tambien mucho de discurrir conmigo sobre la alquimia y más aún sobre su ley, esforzándose cuanto le era dable para atraerme á ella, prometiéndome muchas riquezas y todo su saber. Dios obró siempre en mí de modo que pude librarme, por medio de las asiduas oraciones que le dirigia á El y á la Virgen María, por cuya sola intercesion creo firmemente haberme librado de ser vencido.

«Estuve, pues, con aquel viejo desde el mes de Setiembre de 1605 hasta el próximo mes de Agosto, en que fué cogido y llevado al Gran Sultan para que trabajase para él; mas fué en vano, porque murió de pena por el camino. Dejéme á su sobrino, verdadero antropomorfito, quien me revendió inmediatamente despues de la muerte de su tío, porque oyó decir que Mr. de Breve, embajador del rey en Turquía, venia con buenas y especiales patentes del Gran Turco para recobrar á los esclavos cristianos. Un renegado de Niza en Saboya, enemigo natural, me compró y me condujo á su *temat*, que este nombre se da á la hacienda que se posee como colono del Gran Señor; porque el pueblo nada tiene, todo es del sultan. El *temat* de éste se hallaba en el monte, cuyo pais es en extremo caliente y desierto. Una de las tres mujeres que tenia, como griega cristiana, aunque cismática (tenia un bellísimo fondo y me apreciaba mucho, y más á lo último, una de origen), turca fué la que sirvió de instrumento á la misericordia de Dios para alejar á su marido de la apostasia, volverlo al regazo de la Iglesia y librarme de su dominio. Como tenia curiosidad por saber nuestro modo de vivir, íbame á ver todos los dias en los campos donde yo trabajaba, y despues de todo me mandó que cantase alabanzas á mi Dios. El recuerdo del *Quomodo cantabimus in terra aliena* de los hijos de

Israel cautivos en Babilonia, me hizo comenzar, con lágrimas en los ojos, el salmo *Super flumina Babilonis*, y despues la *Salve Regina* y muchas otras cosas, á las que tomó tanto gusto que causó gran maravilla. Por la noche no dejó de decir á su marido que habia hecho mal en dejar su religion, que estimaba ser extremadamente buena por el relato que de nuestro Dios le habia hecho yo, y por algunas alabanzas que en su presencia le habia cantado, en lo cual decia que habia encontrado un tan divino placer, que no creia que el paraíso de sus padres y el que ella esperaba un dia fuese tan glorioso ni estuviese acompañado de tanto gozo como el placer que sentia mientras estaba yo alabando á mi Dios, acabando por decir que habia allí algo maravilloso. Esta otra Caifa ó burra de Balaam hizo con sus discursos que al dia siguiente me dijese su marido que sólo por comodidad se abstenia por ahora de escapar á Francia, pero que dentro de poco tiempo pondria tal remedio que de ello seria Dios loado. Estos pocos dias se convirtieron en diez meses, que pasó entreteniéndome en tales vanas, mas al fin ejecutadas esperanzas, y al cabo de ellos nos escapámos en un esquife, y al cabo de veintiocho dias llegámos á Aiguesmortes, é inmediatamente despues á Avignon, donde monseñor el vice-legado recibió públicamente al renegado con lágrimas en los ojos y en la garganta sollozos, en la iglesia de San Pedro, para honor de Dios y edificacion de los espectadores (1).»

El cautiverio de san Vicente de Paul duró cerca de dos años (desde el 26 ó 27 de Julio de 1605 hasta el 28 de Junio de 1607). Apenas habló san Vicente una ó dos veces de su esclavitud en Túnez. Evitaba hablar de ella con tanto cuidado como humildad; pero jamás olvidó los sufrimientos que soportaban los cristianos esclavos, y pensó constantemente en acudir al socorro de aquellos infortunados. En el capítulo siguiente se verá de qué manera interesó en favor de su suerte á la caridad cristiana y al rey de Francia.

## MOSAICO CHINO.

### XII.

#### FUNERALES DE LA EMPERATRIZ ORIENTAL DE LA CHINA.

**A**NUNCIAMOS el año último (2) la muerte repentina de Su Majestad Hsiao-chen-hsien-huang-hu, emperatriz oriental de la China, viuda del emperador Hsien-Fong (1851-1862), dos veces regente del Celeste Imperio, cuyo fallecimiento ocurrió en Pekin el 8 de Abril de 1881. En la China el entierro de los personajes de sangre imperial no tiene lugar dentro de las cuarenta y ocho horas ni siquiera en los ocho dias siguientes á su muerte: hasta el mes de Noviembre no fueron transportados los restos de la Emperatriz desde Pekin al mausoleo imperial, situado á 90 millas al Nordeste de la capital. De consiguiente la augusta difunta ha tardado siete meses á tomar posesion de su última morada.

Creemos serán leídos con interés los siguientes pormenores de sus funerales, resumidos de un periódico inglés de Shang-hai, el *North-China Daily-News*.

(1) *Espagirico*, de *espagiria*, nombre que antiguamente se daba á la química.

(1) *Saint Vincent de Paul*, por el abate Maynard, t. I, p. 36-41.

(2) Págs. 328 y 374.



Quince días después de la muerte de la Princesa su cuerpo fué trasladado á una especie de capilla fúnebre, y durante todo el tiempo que permaneció en ella, el Emperador, los miembros de la familia imperial y los principales oficiales del Gobierno acudieron á ofrecer oraciones y sacrificios ante el féretro. Formóse una guardia de honor, y las tiendas de cada cuerpo de tropa, la mayor parte de color azul, colocadas á los lados de la vía, ofrecían un espectáculo pintoresco. Entre las tiendas había un pabellón sumamente cargado de adornos y ocupado por multitud de lamas y sacerdotes budhistas que cada día tenían que cantar oraciones para el descanso del alma de la Soberana.

Cuando se publicó el decreto fijando el día de los funerales, el Emperador y la Emperatriz occidental (1) declararon que en testimonio de veneración á la memoria de la Princesa acompañarían á la última etapa de su fúnebre viaje sus venerables restos; pero ante las respetuosas observaciones de los más elevados funcionarios del Imperio revocaron luego esta primera determinación. La tierna edad del Príncipe, el estado valetudinario de su madre, la extensión y los peligros del camino fueron los pretextos que se alegaron; sin embargo, todo hace presumir que la principal razón fué la impresión que causó á los hombres de Estado chinos la muerte violenta del czar de Rusia y del presidente de los Estados-Unidos Garfield.

Dos semanas antes de los fúnebres obsequios se procuró poner los caminos en buen estado. Todas las barracas y tiendas portátiles que ordinariamente interceptan las vías públicas fueron levantadas; quitóse el barro, y prohibióse rigurosamente la circulación de vehículos.

En seguida tratóse del ceremonial que tenía que observarse en el transporte de los mortales restos. Durante algunos días los sepultureros imperiales se ensayaron en llevar lo más regularmente posible, á fin de evitar las sacudidas, la pesada litera en que se metería el féretro. Era no poco chistoso ver un grupo de obesos y plácidos mandarines agachados en el catafalco y paseado de aquí para allá á fin de darse cuenta de si los portadores cumplían bien con su oficio: colocaron en medio de ellos una copa llena de agua, de la que no había de verse una sola gota.

Por fin llegó el solemne día de los funerales. Antes de la aurora sesenta y cuatro hombres sacaron el féretro de la capilla mortuoria y lo colocaron en un ancho catafalco sostenido por otros ciento veintiocho chinos, que salieron de la capital por la puerta del Nordeste. En los alrededores de Pekín plantóse una marquesina de tela amarilla en medio de las tiendas de los soldados de la guardia imperial. Allí se dirigió el Emperador para dar el adiós postrero á los mortales despojos de la Princesa. El Soberano salió de la ciudad por diferente camino que el convoy, detúvose breves instantes bajo la tienda funeraria, y cumplido el deber de piedad filial regresó á su palacio.

Sabido es qué rigurosas precauciones, sancionadas con severas penas, se han tomado en China para ocultar á la vista de los pueblos el Hijo del Cielo y todo miembro de

la familia reinante. Estas medidas vejatorias se extienden también hasta los funerales de los príncipes. En el trayecto de los cortejos imperiales las casas y las tiendas deben ser rigurosamente cerradas, y está prohibido á cualquiera el que se encuentre al paso. Así el corresponsal del periódico inglés á quien citamos, para ver la procesión tuvo que trasladarse de noche á cinco millas de la capital y esconderse en un cementerio que hay junto al camino, y allí agazapado en un rincón pudo observarlo todo á su placer.

Poco después de salir el sol comenzaron á desfilar más de seis mil portadores, que iban delante, á fin de reemplazar de trecho en trecho á sus compañeros fatigados.

Luego apareció el cortejo, precedido de los músicos con tambores, trompetas, címbalos, clarinetes, en una palabra, con todo lo que se necesita para armar una de esas zambras diabólicas, acompañamiento obligado de todo entierro chino respetable. Pero todos esos nobles instrumentos sólo estaban allí como por muestra, pues el ruido se considera indecente en presencia de la majestad imperial.

Tres carros con ruedas pintadas de amarillo y cubiertos de seda color de paja, eran arrastrados por caballos blancos con arneses rojos y guiados por un criado á pié. Seguían un centenar de otros caballos blancos, conducidos de la misma suerte y llevando sobre el lomo una lanza de través. Inmediatamente después venían dos palanquines, llevados cada uno por ocho chinos vestidos de rojo. Un tercer palanquin, ricamente adornado con incrustaciones de oro, era sostenido por diez y seis portadores. Un grupo de ginetes con diversas insignias fúnebres cabalgaban sin orden: unos agitaban abanicos de color, banderas, oriflamas triangulares, negras, blancas y amarillas en las que estaba pintada la imagen del dragón; otros traían al hombro enormes paraguas, sin duda muy bellos, pero cerrados. Dos carrozas contenían las insignias reales de la difunta Emperatriz. En seguida llegaron los príncipes en silla, oficiales á caballo y algunos centenares de ginetes, que no tenían funciones bien definidas y que trotaban en magnífico desorden.

Apareció por último el pesado é imponente catafalco, precedido de veinte mandarines á pié. El lujoso y espléndido aparato adelantábase regular y rápidamente, pero sin ninguna sacudida. Iba completamente envuelto en una rica tela de raso amarillo, con una grande figura de dragón bordada de oro que brillaba á los rayos del sol. El conjunto era de exquisito gusto: sobre el féretro real se levantaba una cúpula rematada en una bola de oro: el contorno, artísticamente cortado en lenguas de fuego, estaba adornado con borlas de seda amarilla sumamente elegantes. Los palanquineros, en número de ciento veintiocho, vestían trajes de seda escarlata con bordados; calzaban altas botas negras y cubríanse la cabeza con pequeños sombreros del mismo color y penacho de plumas amarillas. Andaban con irreprochable precisión; su jefe daba el compás con dos palos, y á cada lado una escolta agitaba pequeñas oriflamas negras. La librea carmesí de la legión de los portadores, los ricos matices amarillos del catafalco y de los penachos ofrecían á los ojos un espectáculo de incomparable esplendor.

Un grupo de mandarines á caballo con uniforme de ceremonia y un pelotón de ginetes, armados con lanzas

(1) Segunda mujer del emperador Hsieng-Fong y madre del emperador actual.



antiguas y cubiertos de adornos rojos seguían inmediatamente el féretro. La retaguardia componíanla una mezcla confusa de palanquines, carrozas, carros, etc. El príncipe Kong venía con su séquito á una milla de distancia. La cola del cortejo erraba á la ventura: unos trotaban, otros iban al paso, y cada uno campaba por sus respetos.

Entre la multitud que volvía á Pekin despues de haber mirado de lejos la procesion fúnebre, encontrábanse buen número de coreanos, la mayor parte vestidos de blanco, y algunos con ricos trajes de seda azul y roja. Se les habia concedido el favor de estar á lo largo del camino por donde debia pasar el cortejo, y tuvieron la paciencia de presenciar arrodillados el desfile.

Desde Pekin al mausoleo imperial el viaje duró tres dias, durante cuyo tiempo los más altos dignatarios del Imperio estuvieron encargados de diferentes funciones. En Kuang-Chu el ministro de la Guerra tuvo el honor de llevar las insignias de Su Majestad. Al príncipe Yu correspondió el echar incienso sobre las brasas y esparcir las libaciones cada vez que el féretro franqueaba una puerta ó pasaba bajo un puente. El príncipe de Tun, tío del Emperador, hizo las cotidianas ofrendas del vino.

Llegado á su última morada, colocaron su cuerpo sobre el Dragon-hearse, especie de afuste con corredera afectando la forma de un dragon. Luego, á una señal dada, el ataúd se deslizó en la sombría bóveda. El sepulcro imperial es una construccion maciza, cuyo cierre no carece de originalidad: una enorme piedra labrada tapa herméticamente la entrada, y una vez colocada en la abertura da movimiento en el interior á un pestillo de hierro, quedando así la entrada tan bien cerrada que para volver á abrirla seria preciso demoler todo el monumento. La Majestad difunta queda entonces, para emplear la expresion china, «sellada en su último sueño.»

Concluido todo, se celebraron todavía dos sacrificios, y el príncipe Kong vertió personalmente el vino de las libaciones.

La Princesa alcanzó la edad de cuarenta y cinco años. Educada con todo el lujo de las Cortes orientales, reinó más de veinte años y ejerció hasta su muerte una influencia preponderante en los consejos del más populoso Imperio del mundo. Al parecer nada faltó á su dicha, y sin embargo, ¿quién no preferiría á los brillantes destinos de la faustuosa Emperatriz la modesta condicion de la más pobre mujer cristiana del Celeste Imperio llamada al conocimiento de la verdadera luz, dotada de todos los tesoros celestiales por el Dios de los humildes y de los pequeños, consolada y fortalecida en las pruebas de la vida y las tristezas de la muerte por esperanzas infinitas?

## EL MONTE ATHOS.

**E**l monte Athos se encuentra situado al Sur de Macedonia entre los golfos de Contesa y de Monte-Santo al extremo de la península Calcídica. El punto culminante de esa montaña, que tiene 8 miriámetros de largo y 18 de circunferencia, se eleva á 1,950 metros sobre el nivel del mar. Lo que señala principalmente el monte Athos á la curiosidad de los viajeros es su numerosa poblacion enteramente compuesta de monjes.

Algunos nombres de ciudades, Uranópolis, Diuna,

Olophyxos y Cleones, hé aquí poco más ó menos todo lo que la antigüedad nos ha legado sobre esa montaña. Los recuerdos históricos no tienen ya allí importancia alguna. Sabemos que cuando Jerjes quiso invadir la Grecia hizo abrir un canal á través del istmo que junta la Península con el continente para abrir un paso á su flota. Conócese tambien el extravagante proyecto del escultor griego Dinocrates, que propuso á Alejandro dar al monte Athos la forma de una estatua teniendo una ciudad en sus manos.

Durante los siglos que siguieron á la venida de Cristo y á la predicacion del Evangelio, las persecuciones obligaron á gran número de cristianos á retirarse á los desiertos. Si muchos de ellos se presentaron resueltamente al martirio, otros, menos confiados en sus propias fuerzas, prefirieron esquivar la lucha é ir, á imitacion de los discípulos de san Juan, á practicar lejos del mundo la vida austera de los cenobitas. Así fué como millares de cristianos poblaron las soledades del Egipto, de la Tebaida y de la Siria. Probablemente en aquella misma época debieron algunos buscar un refugio en el monte Athos, cuya forma peninsular y escarpadas pendientes les ofrecian seguro asilo. Más tarde, habiendo Constantino dado la paz á la Iglesia y trasladado la Silla del Imperio á Bizancio, la proximidad de esta ciudad debió ejercer alguna influencia en la poblacion del monte Athos. El número de solitarios aumentó y sus recursos crecieron. Desgraciadamente no existen documentos sobre épocas tan remotas, y acerca de la generalidad de los conventos nos vemos reducidos á conjeturas.

Los conventos del monte Athos, llamado tambien *Agion-Oros* ó montaña santa, ascienden al número de veintitres, y están colocados al rededor de la montaña y á poca distancia del mar. Cuéntanse once en la vertiente oriental. Entre estos monasterios, los más antiguos del monte Athos, se notan en primera línea *Aghia-Labra*, ó el santo monasterio, *Valopedi*, *Iviron* ó *Xilandari*. *Aghia-Labra* está situado en la cúspide del cabo de Monte-Santo. Este convento, que llegó á contar cuatrocientos monjes, fué fundado por san Anastasio á principios del siglo IV.

«La iglesia de *Aghia-Labra* nos ofrece, tocante la pintura, una de las muestras más auténticas y más completas del arte bizantino. La cúpula entera está ocupada por la imagen colosal de Cristo, representado bajo las facciones augustas y puras que los pintores del Renacimiento han adoptado. Con una mano enseña el Evangelio que sujeta con la otra sobre su corazón... Los pintores de la escuela bizantina proporcionan el tamaño de las figuras á la importancia del papel que atribuyen á los personajes representados: así los Santos aumentan de talla á medida que están colocados más cerca de Cristo, y éste les sobrepuja de tal modo que nunca se ve más que su busto.

«En el bajo de la cúpula están representados los arcángeles en pie, vestidos con dalmáticas de oro, y teniendo en la mano grandes cetros que llevan encima la imagen de Cristo. Realza los brillantes colores de sus vestiduras un fondo negro sobre el que se destacan. Su actitud respira una calma majestuosa. Por cima de ellos distingüense ángeles pequeños que, como espíritus puros, parecen, aproximándose á Cristo colocado en el cen-



tro, separarse más y más de la materia. Los ángeles no tienen de la forma humana sino la cabeza: el cuerpo está sustituido por alas. Diríase que son llamas nadando en el azul del cielo, y en medio es donde aparece, en fondo de oro, la imagen de Cristo, inmensa y dominando toda la iglesia. Desde cualquier parte que se rece, se tiene sobre sí el ojo de Dios.

«Los otros cuadros, iguales en tamaño, representan los cuatro Evangelistas escribiendo al dictado de un Apóstol. El resto de la iglesia se halla cubierto de asuntos sacados del Antiguo y del Nuevo Testamento. En los dos brazos de la cruz están representados los Santos de la Iglesia militante y los que protegieron el naciente Cristianismo...

«Hacia el bajo de la gran nave á la izquierda una pin-

tura, acompañada de una inscripción casi ilegible, parece representar uno de los príncipes franceses que se fijaron en Grecia á su vuelta de las Cruzadas. El príncipe tiene en su cabeza el adorno de los reyes merovingios, y lleva una dalmática adornada de flores de lis, lo mismo que su corona. Tiene en su mano la fachada de una iglesia que probablemente hizo erigir á su costa. Ante él se halla su hijo vestido de igual manera...

«Bajo el pórtico exterior están representados en actitud de orar los ascetas ó anacoretas, que á imitación de los Padres del desierto habitan las grutas de la montaña donde viven en la más absoluta reclusión. Esos solitarios, reducidos por el ayuno casi al estado de esqueletos, tienen por todo vestido un cinturón de hojas. La barba termina en punta y descende hasta la rodilla. Al lado de



FRANCIA.—Chozo donde nació san Vicente de Paul; iglesia y hospicio de su advocación, y roble secular bajo el cual oraba el Santo y que ha llegado á ser el símbolo de las obras que fundó.

esas figuras puede verse un letrero concebido así: *¡Hé ahí lo que fué la vida de los ascetas!*

«Los religiosos atribuyen las notables pinturas que decoran la iglesia de Aghia-Labra á un monje llamado Manuel Pauselinos, é ignoran la época en que vivió (1).»

En el centro del Athos está situado Karies, dominando un valle abundantísimo en árboles. El aspecto de esta población es el de un conjunto de casas de recreo turcas, y cuenta unos 1,000 habitantes, todos monjes. Cada uno de los veintitres conventos del Athos envía para que los represente cerca del *protaton* ó metrópoli de Karies un senador ó epistato que ordinariamente es el últi-

mo *goumenos* ó superior que ha declinado su cargo. Cada senador habita una casa particular, y sus funciones sólo duran un año. Entre ellos se elige anualmente el que debe presidir la república. El gran Consejo reunido administra las rentas de los conventos y aplica las penas disciplinarias en que incurren los monjes al faltar á los estatutos. También en Karies reside el agá que representa al Gobierno turco.

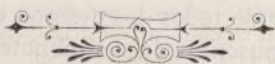
«Mirado con respeto en todas las edades, el monte Athos fué célebre principalmente cuando un crecido número de cenobitas consagrados al estudio de las letras ponían al alcance de todos los tesoros que encerraban los preciosos manuscritos de sus bibliotecas. Mas ¿á qué han venido á reducirse los venerandos monasterios del

(1) *Revista de ambos mundos*: LOS CONVENTOS DEL ATHOS, por Dominico Papety.



monte Athos? Antes de la revolucion de Grecia, que concluyó con su ereccion en reino independiente de la Puerta Otomana, contaba veintitres conventos, quinientas capillas, cuatro mil monjes y un número crecido de ermitaños que vivian en grutas abiertas en las escabrosidades de la montaña. Todos estos individuos cultivaban la tierra, cuidaban grandes viñas, y educaban un número de abejas tan considerable, que la cosecha de la cera llegaba en sus colmenas anualmente á cuarenta mil kilógramos. En medio de este país monacal se encontraba el vasto seminario que proveía de teólogos á la Iglesia griega y de obispos á sus catedrales. Su situacion actual es muy diferente... Muchos de los conventos, sumamente pobres, han adoptado la costumbre de reconocer como *goumenos* ó abad al que trae en su turno más copiosa limosna al monasterio. «La manera de vivir de todos estos monjes, dice un viajero moderno, se asemeja mucho á los usos dominantes entre los del monte Sinai. «Cada convento contiene muchas capillas, y se encuentran tambien estas en gran número en diversos puntos de sus posesiones con casas que ellos llaman *kellia* y que manifiestan haber sido antes celdas de ermitaños; pero hoy son habitadas por uno ó dos monjes que cuidan los jardines y viñas del contorno... Los monjes disfrutaban una vida tranquila: en general son poco intruidos; no obstante, gozan de gran veneracion entre los religiosos de los otros conventos griegos que existen en el Sinai, Líbano, Antioquía, Alejandría, Damasco, Grecia y Rusia. Todos estos ven en los monasterios de la *Montaña Santa* su modelo y el lugar donde las reglas monacales se observan del modo más perfecto, y las ceremonias se practican de la manera más santa.» Esto es cuanto queda del célebre monte Athos, y en verdad muy poco para el que conoce la grandeza de sus monasterios, en la época en que sus habitantes gozaban colosal reputacion de sabios, y sus penosas investigaciones influian en las cuestiones más difíciles de la literatura griega que solian agitarse entre los eruditos de Europa. Los monjes dejaron el trabajo, improbo para ellos, de traducir los pergaminos que nos revelaban las ideas y los pensamientos de siglos distantes: la abnegacion y el amor á las ciencias que distinguió á tantos individuos formados en sus claustros emigraron, y los viejos pergaminos de sus bibliotecas no se mueven ya sino por la solicitud del viajero que mediante algunas monedas obtiene permiso para hojearlos. Como los otros del Oriente no son ya estos conventos asilo del talento que busca silencio y soledad para entregarse al estudio sin reserva; sus celdas no ocultan alguno de esos hombres desengañados del mundo, que no quieren vivir sino para la meditacion de las verdades que encierra la filosofía más profunda é importante de la vida; y sus reglas, en fin, no nivelan la conducta del que abandonó familia, patria, fortuna y esperanzas, por decir á Dios con verdad: «Vos sois la herencia que elegí, y Vos solo la esperanza de mi corazón.» En vez de todo esto encontraremos el foco de las rebeliones de la Grecia... (1).»

(1) EYZAGUIRRE: *El Catolicismo en presencia de sus disidentes*, tomo II, cap. v.



Es Europa la única region en que el poder soberano está rodeado de peligros: hasta en la vieja Asia, y eso en todas las épocas de la historia, en medio de la multitud de cortesanos que se arrastran al pié de los tronos, hay ambiciosos que aspiran á la corona. En Birmania se los encuentra especialmente entre los numerosos vástagos de los monarcas que ya no existen, ó por lo menos bajo su nombre oculta la rebelion sus pérfidos designios.

Pero por su parte el soberano tiene en aquel país un medio radical y eficaz para librarse de las inquietudes que pudieran causarle los príncipes sus hermanos y competidores. Apenas el anciano rey ha exhalado el postrer suspiro, se pone á buen recaudo á todos los príncipes de la sangre que no han sido designados para sucederle, y el nuevo monarca, á su advenimiento al trono, les envía en presente, con orden de emplearlo, el veneno fatal ó la cuchilla del sicario, que debe librarle de todo temor respecto de ellos.

El jóven rey Tibo, que actualmente rige la antigua monarquía de Ava, se mostró fiel á las tradiciones de sus antepasados, y la ciudad de Mandalay, su capital, hará unos tres años que fué teatro de sangrientas escenas. Mandó quitar la vida sin compasion alguna á todos los individuos de la familia de su padre, tanto hombres como mujeres y niños, en número de ochenta y seis personas. Así que el rey difunto estuvo próximo á su fin, se reunió á todas sus concubinas y sus hijos como para que diesen el postrer adiós á su señor y dueño. El más jóven de sus hijos Tibo, á quien habia designado para su sucesor, ordenó que fuesen retenidos prisioneros; únicamente dos consiguieron refugiarse en casa del residente inglés, y pasar á lugar seguro cruzando la frontera. Apenas subido al trono, Tibo hizo estrangular á todos los restantes. Tales son los excesos á que conducen los preceptos del Budhismo. Este rey tendrá escrúpulo de matar un insecto, y no vacila un instante en quitar la vida á todos sus parientes. Sus bonzos, que amenazan con penas eternas á los que rompen la pata á una hormiga, aplaudieron á un rey asesino de ochenta y seis personas inocentes.

Merced á tal procedimiento, Tibo pudo sentarse en el trono de su padre; no obstante, está lejos de gozar en él de completa seguridad, pues periódicamente se delatan conspiraciones verdaderas ó imaginarias. Recientemente se ha descubierto el espíritu de rebeldía entre el elemento femenino, que pulula en el palacio del rey de Birmania: trátase de una conspiracion contra la vida de la reina.

Las conspiradoras, á lo que parece, enterraron una moña á la que vistieron previamente con un traje que habia pertenecido á la reina: creen que semejante sortilegio no hubiera dejado de causar la muerte de ésta, á no descubrirse á tiempo la conspiracion. Sus principales autoras fueron detenidas y encerradas en calabozos donde aguardan la suerte que les está reservada: entre ellas hay algunas armenias. Todas las demás mujeres del palacio, reinas de segundo orden, sirvientas y esclavas, han sido invitadas á prestar el juramento cuyo te-



nor hoy publicamos. La ceremonia se cumple del siguiente modo :

Sentada la reina en su trono , cada uno va por turno á postrarse ante su Majestad y leer la fórmula. Si es una tercera persona la encargada de la lectura, la que presta el juramento debe dar una señal de asentimiento despues de cada maldicion. Se quema en seguida la hoja sobre la que se escribió la fórmula , y se echan sus cenizas en un vaso de agua en el que se meten las armas del rey , á saber, un fusil, un revólver, un sable, un puñal y una lanza. Durante la lectura del juramento apóyanse las manos en el borde del vaso , y terminada aquella , todos tienen que beber un poco de esa agua lustral. Véase la traduccion del citado documento, transmitido por el Ilmo. Bourdon, obispo de Dardania y vicario apostólico de la Birmania septentrional.

Era de la religion 2425.

Era de Gawdza 1243.

La reina manda á su séquito, á sus damas de honor y á las mujeres de la Corte, que el domingo, primer dia de la luna creciente y los tres siguientes, presten el juramento de fidelidad en el cuarto-tocador del Oeste.

El dueño de la tierra y del agua, cuya gloria es inmensa; el dueño del elefante *thsadan* (1), el dueño de los elefantes blancos, el dueño del arma *tsaikia* (2), el monarca del mundo y la reina suprema ordenan :

No reconozcais sino á mí por dueño y rey; no reconocáis sino á mí por dueña y reina : lo que ambos amamos, amadlo; lo que aborrecemos, aborrecadlo. Considerad á nuestros enemigos como enemigos vuestros. Obrad como la planta del pié, y no como la palma de la mano. En la parte Oeste del interior del palacio, haced todo lo que se refiere al servicio del mismo con toda la diligencia y perfeccion posible. No rehuséis el trabajo ni aleguéis vanos pretextos. En cualquier asunto, sea el que fuere, guardaos de aceptar presente alguno corruptor, ni pequeño ni grande. Todo lo que en alguna manera pudiera perjudicar nuestros intereses, todo lo que sería poco honroso en los habitantes del palacio, y toda accion vil, de ningún modo lo hagáis. No digáis una palabra mala, ni admitáis siquiera en vuestra mente un solo pensamiento pernicioso contra nosotros. Si teneis noticia de que otros cometan alguna mala accion ó traman perversos designios contra nosotros, hacédnoslo saber, ó bien descubridlo á las personas que gozan de nuestra confianza, á nuestras primeras damas de honor. Conformad para siempre vuestra conducta al juramento de fidelidad que habeis prestado; de otra suerte, si sois traidores é infieles á vuestros juramentos :

1.º Que los *Nats* (3), custodios del ilustre *Para*, que durante el curso de cuatro *thein guiees* (4) y la existencia de cien mil mundos practicó perfectamente las diez grandes virtudes y sus treinta ramificaciones, la liberalidad, la observancia de los preceptos de la ley, la vida solitaria, la sabiduría, la diligencia, la beneficencia, la veracidad, la fortaleza y la indiferencia, no os dejen vivir, sino que os maten!

2.º Que los *Nats*, custodios de las reliquias de Thari-panttarra, el discípulo de la derecha de Maukalan, el discípulo de la izquierda y de los ochenta Rahans, discípulos de Budha, no os dejen vivir, sino que os maten!

(1) *Thsadan*, elefante blanco más fuerte que diez mil millones de hombres. Un budha puede vencer á diez de esos elefantes.

(2) *Tsaikia*, arma caída del cielo, y cuyo poseedor es invencible.

(3) Los *Nats* son los espíritus ó genios.

(4) *Thein guiees*, número representado por la unidad seguida de 140 ceros.

3.º Que los *Nats*, custodios de los libros que contienen la doctrina predicada por el Para; los cinco libros de la disciplina (*Winie*), los tres libros de los preceptos (*Thau*), los siete libros de la excelente ley (*Abidamma*), las tres divisiones del Pitagat, los ochenta y cuatro mil versos de las sagradas Escrituras, no os dejen vivir, sino que os maten!

4.º Que los *Nats*, custodios de los cuatro libros de los Vedas, llamados *Thama-iatzu*, *i-iu*, *attapana*, no os dejen vivir, sino que os maten!

5.º Que los *Nats*, guardianes de cinco mil religiones, no os dejen vivir, sino que os maten!

6.º Que los *Nats*, custodios de cuatro grandes islas, *Tsambudipa*, *Aparagania*, *Utuguru*, *Piaupaauidcha* y las dos mil pequeñas islas, no os dejen vivir, sino que os maten!

7.º Que los *Nats*, custodios de los cinco grandes rios *Gange*, *Iamuna*, *Atsiranada*, *Mahi*, *Tharapu*, de los quinientos riachuelos, lagos, estanques, ancones, arroyos, no os dejen vivir, sino que os maten!

8.º Que los *Nats*, custodios de tres mil bosques del *Imawuta*, los genios del aire, de la tierra y los espantosos fantasmás, no os dejen vivir, sino que os maten!

9.º Que los *Bilus*, llenos de extrema violencia, *Athamuki Tsandi* para *mithua*, el Gran *Kiri Uee-tha-Won*, *Gonban* y todos los *Nats* famosos como *Athurein* (1), no os dejen vivir, sino que os maten!

10. Que además perezcais en las convulsiones, retorciéndoos los miembros, y vomitando á grandes borbotones cuajaronas de sangre negra!

11. Que además los ocho peligros y los diez castigos os hagan sucumbir públicamente y con muerte instantánea!

12. Que además vuestros hijos, vuestras hijas y vuestros bienes se extingan luego, como se extingue la luz de una lámpara, que se apaga sin dejar vestigio alguno!

13. Que además cuando viajeis por el agua los cien millones de sus habitantes, los cocodrilos, las marsopas, los *magans*, las tortugas y todos los peces, os cojan súbitamente, no os dejen vivir, sino que os maten!

14. Cuando viajeis por el campo los noventa millones de animales, los tigres, leopardos, elefantes y búfalos salvajes, jabalies, etc., reduzcan todo vuestro cuerpo á fino polvo!

15. Que además las víboras, culebras y las cinco especies de serpientes venenosas os muerdan, no os dejen vivir, sino que os maten!

16. Que despues de vuestra muerte los ocho pisos del grande infierno, y los ciento treinta y ocho del pequeño, el estado de *preitta*, de *Aturikais* y los cuatro castigos sean vuestra suerte!

17. Que además si renaceis hombres no seais semejantes á los demás hombres, sino cubiertos de todos los horrores y deformidades de la lepra: que las enfermedades llamadas *baithogat* y *baithakhia* se adhieran á vuestro cuerpo!

18. Que además cuando vuestro padre y madre os llamen, y os levanteis para contestarles, caigáis muertos súbitamente antes de poder doblar los miembros en su presencia!

19. Que además todos los ministros, grandes, oficiales y todos sus empleados vengan con sus sables y todas sus

(1) *Athurein*. Este *Nat* merece particular mencion.

Su altura es de cuatro mil ochocientos *yušanas* (cada una de éstas un poco más de trece millas, ó veintium kilómetros).

Anchura del pecho: doscientas *yušanas*.

Longitud de cada falanje de los dedos: cincuenta *yušanas*.

Distancia de una á otra ceja: cincuenta *yušanas*.

Anchura de la frente: trescientas *yušanas*, y de la boca: otras trescientas.

Circunferencia de la cabeza: novecientas *yušanas*.

Este particular juega con el sol como un niño con una bola. Lo esconde bajo la barba, entre las piernas y en la palma de la mano.



armas, extiendan vuestros miembros, los corten en pedazos, os degüellen y hagan morir instantáneamente!

20. Que además quedeis reducidos á fragmentos, como un buque que, combatido por la tempestad en alta mar, se abre, se rompe y desaparece!

21. Que además seais consumidos como un carro de algodon abrasado por el fuego, y del cual no se puede recoger sino un puñado de cenizas!

22. Que además perdais vuestros hijos, nietos y esclavos, los búfalos y bueyes que os sirven para la labranza, que perdais todos vuestros muebles sin excepcion, que os veais reducidos al último extremo de miseria, que la tierra se abra y bajeis vivos al infierno con la hortera de los mendigos en la mano, y cuando quedeis devorados por el hambre caigais para siempre jamás en el mundo de los indigentes, que perdais toda belleza y os convirtais en *preitta*!

23. Que seais reducidos á polvo como cal machacada; que os consumais poco á poco como el tizon del hogar!

Pero si sois fieles, que no se cumpla ninguna de estas imprecaciones, que os veais rodeados de hijos y nietos y de bienes, que vuestra dicha crezca como si recibiese el rocío del cielo, que seais llenos de toda virtud, liberalidad, pureza, sabiduría, y que, por la práctica de to'as esas virtudes llegueis pronto sin obstáculos al *Neikban*!

## EFEMERIDE.

19 Julio 1639.—*Martirio de Pedro Cassui, sacerdote japonés.*

Pedro Cassui se habia formado desde su más tierna infancia bajo los auspicios de todas las virtudes cristianas, en uno de los seminarios fundados por el P. Valignani. Simple catequista, habia participado del destierro de los hombres apostólicos proscritos y deportados en 1614 por el emperador Daifusama. Aprovechó esta ocasion para emprender á pié, y á costa de fatigas y de privaciones casi inconcebi-



MACEDONIA. — Un convento griego del monte Athos. (Pág. 308).

bles, la peregrinacion á Jerusalem, á través de los reinos desconocidos de las Indias y de la Persia, llevado por el solo deseo de ir á venerar los santos lugares donde el Salvador habia muerto por él. Dispuesto despues á sufrirlo todo por Jesucristo, pasó á Roma y fué á llamar á la puerta del noviciado de San Andrés, donde el P. Mutius Vitelleschi le recibió en el número de sus hijos.

Elevado pocos años más tarde al sacerdocio, Pedro Cassui intentó volver á entrar en el Japon, convertido durante su ausencia en la más sangrienta palestra de los mártires que haya podido ver la Iglesia desde más de mil siglos, y solo para penetrar le fué preciso valerse de un artificio que únicamente el amor de Dios pudo inventar. Pasó durante dos años las noches y los dias remando casi sin descanso en compañía de pescadores y marineros, bajo el más humilde y pobre disfraz, con los piés y la cabeza desnudos. Pero no

pudiendo aún á este precio allanar los obstáculos que la rabia y la astucia de los perseguidores le oponian, acabó por vender su libertad, entró en su patria como esclavo, y no contento con sostener por el fervor y la gracia de los sacramentos el valor de los santos confesores de Jesucristo, tuvo la gloria de reanimar gran número de infelices que la crueldad de los tormentos y sobre todo las hirvientes aguas del monte Ungen habian hecho caer en la apostasia. Despues se alejó de Nagasaki, dirigióse hácia el Norte y recorrió con el mismo éxito gran número de iglesias asoladas por el fuego de la persecucion; pero descubierto por fin por los infelices en el ejercicio de su glorioso apostolado, fué conducido á la ciudad de Yedo, sometido sin desmayar á los más espantosos tormentos, y metido en una mazmorra, rindió su alma victoriosa á Dios á la edad de cincuenta y un años.